

CENTRO SEGOVIANO DE MADRID



EL MARQUES DE LOZOYA
GRANDE DE ESPAÑA



G - 3265

D6CL
A

El Puerto de la Mata
con un puente abru
Torre de Centenas

El Marqués de Lozoya Grande de España

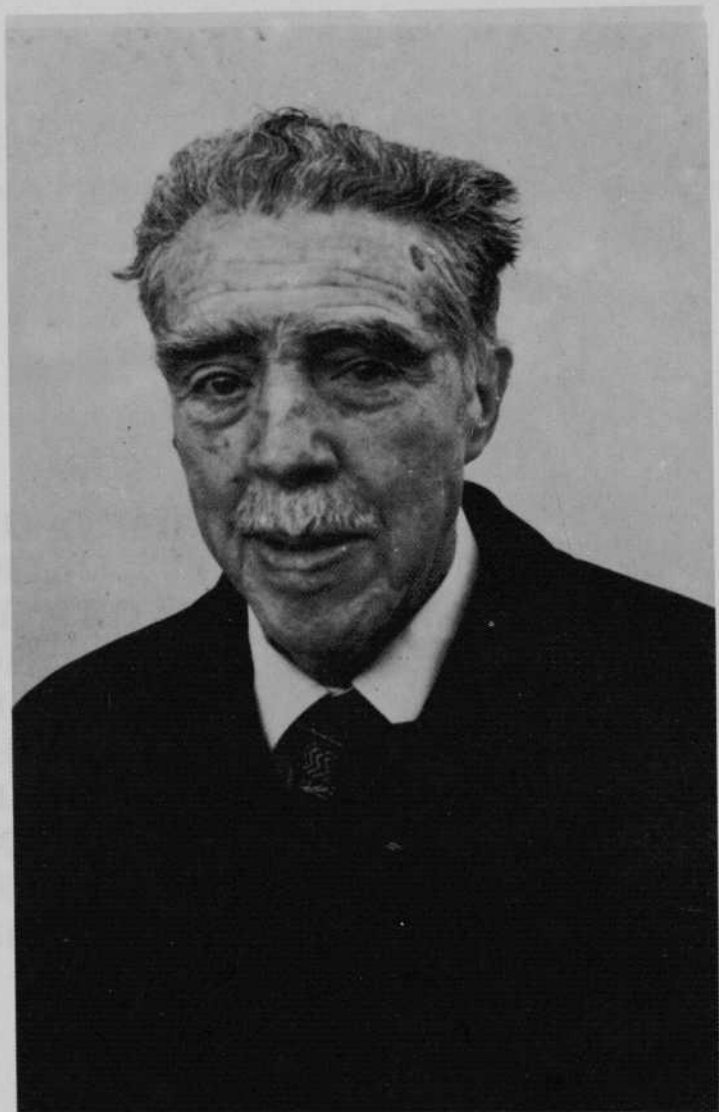
p. VII-96



tit. 48784
C. 1060788

R. 38993

De este libro se han impreso 750 ejemplares en edición numerada.
Depósito Legal: M-21581-1976.
Gráficas Nilo. Dr. Castelo 32. Madrid.



D. Juan de Contreras y López de Ayala

IX Marqués de Lozoya

HOMENAJE
DEL
CENTRO SEGOVIANO
DE
MADRID
AL
MARQUES DE LOZOYA,
CON MOTIVO DE LA
CONCESION DE LA
GRANDEZA DE ESPAÑA.

TEXTO DEL REAL DECRETO POR
EL QUE SE HACE MERCED DE LA
DIGNIDAD DE GRANDE DE ESPAÑA
A DON JUAN DE CONTRERAS
Y LOPEZ DE AYALA

“La fecunda vida de Don Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, entregada generosamente al estudio, la investigación y la enseñanza en amplísima panorámica que comprende desde el Arte a la Literatura, pasando por la Historia, en una incansable labor de exaltación del patrimonio cultural de España y sus realizaciones humanas, se hace merecedora del reconocimiento nacional y de ser destacada como ejemplo para las generaciones futuras.

En mérito a lo expuesto,

DISPONGO

Artº. 1º.— Se hace merced de la dignidad de Grande de España para unir al título de Marqués de Lozoya, a Don Juan de Contreras y López de Ayala, para sí, sus hijos y sucesores legítimos por el orden regular de sucesión y con caracter perpetuo.

Artº. 2º.— La Grandeza se concede con exención de derechos fiscales en su creación y en la primera transmisión.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Barcelona a veinte de febrero de mil novecientos setenta y seis.”

JUAN CARLOS

El Ministro de Justicia
Antonio Garrigues Diaz-Cañavate.

Excmo. Sr. DON JUAN DE CONTRERAS Y LOPEZ DE AYALA THOME Y DEL HIERRO, IX MARQUES DE LOZOYA, GRANDE DE ESPAÑA.

Nació en Segovia el 30 de junio de 1.893.

Es hijo de Don Luis de Contreras y Thomé, VII Marqués de Lozoya, y de Doña Ramona López de Ayala y del Hierro.

Cursó sus estudios de bachillerato en el Colegio de los PP. Dominicos, de Segovia y en el Instituto General y Técnico, de la misma ciudad.

Se licenció en Derecho en la Universidad de Salamanca, en el año 1.916, y después, en Filosofía y Letras, en la Universidad de Madrid, doctorándose en ambas disciplinas en ésta última Universidad.

Catedrático, por oposición, de Historia de España y acumulada Historia del Arte, en la Universidad de Valencia, desde el año 1.923 hasta el 1.933.

Durante la Cruzada, explicó Historia de España en el Instituto de Segovia.

Por concurso de antigüedad ha ejercido su Cátedra en la Universidad de Madrid, desde 1.946 hasta su jubilación, en el año 1.963, y en la Universidad de Navarra, desde ésta última fecha, hasta el año 1.967.

HA OSTENTADO LOS SIGUIENTES CARGOS:

Diputado en Cortes, por Segovia.

Director de la Academia Española de Bellas Artes, en Roma.

Director General de Bellas Artes.

Presidente del Instituto de España.

Consejero del Reino.

Procurador en Cortes.

CARGOS QUE OSTENTA EN LA ACTUALIDAD:

Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Académico de número de la Real Academia de la Historia.

Presidente del Real Consejo de la Ordenes Militares.

Consejero del Patrimonio Nacional.

Teniente-Hermano Mayor de la Hermandad de la Caridad, de Illescas.

Académico correspondiente de la Academia de Bellas Artes, de Francia.

Director de la Academia de Historia y Arte de San Quirce, de Segovia.

Cronista Oficial de la Ciudad de Segovia.

Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas.

Presidente de Amigos de Ibiza.

Presidente Perpétuo del Centro Segoviano de Madrid.

ESTA EN POSESION, ENTRE OTRAS, DE LAS SIGUIENTES CONDECORACIONES Y HONORES:

Caballero de la Orden de Santiago.

Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.

Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

Gran Cruz de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas.

Gran Cruz del Mérito del Ecuador.

Gran Cruz del Mérito del Perú.

Gran Cruz del Cristo de Portugal.

Comendador de la Legión de Honor.

Cruz de Primera Clase del Aguila Alemana.

Placa de la Estrella Polar de Suecia.

Placa del Sol del Perú.

Medalla al Mérito en el Trabajo, en su categoría de Oro.

Medalla de Oro de Bellas Artes.

Medalla de Oro de Bellas Artes, de Francia.

Medalla de Oro de Segovia.

Medalla de Oro del Centro Segoviano de Madrid.

Hijo Predilecto de la provincia de Segovia.

Medalla de Oro de Madrid.

OFRECIMIENTO

Ofrecer un homenaje al Marqués de Lozoya es, ó debe ser, de lo más fácil. No hay que buscar pretextos, motivos, ni frases "hechas" ó "redondas", (tan en uso en tantos y tantos homenajes, a veces sin justificación) porque de todos son conocidos sus méritos y sus virtudes, y tanto unos como otras, (no sabríamos decir cual de las dos lo merece más) le hacen acreedor de todos los homenajes.

Para el Centro Segoviano de Madrid, la devoción y el cariño que por él sentimos, es un homenaje permanente y silencioso, silencio que sí ahora rompemos, ello es obligado por la grata nueva de haber sido distinguido por Su Majestad el Rey, Don Juan Carlos, con la dignidad de Grande de España.

Y éste homenaje sencillo, como corresponde al talante de las gentes de nuestra tierra, en las que el mejor halago no acaba nunca de pronunciarse, o se demuestra a veces con una mirada limpia ó una simple sonrisa, quiere tener dos significados: el primero, recordar al Marqués de Lozoya sus años mozos, recordando ó reviviendo sus versos, esos versos que escribió cuando (como él dice) "era Poeta". Y al recordar esos versos y ofrecerle los de otros poetas, lo hacemos con el ferviente deseo de "quererle siempre joven", "siempre poeta"...

El otro significado es la edición de éste libro en el que, con la colaboración de las distintas personalidades que en el figuran, hemos pretendido poner de relieve la personalidad y la obra de nuestro Marqués para conocimiento de las generaciones futuras.

Y si lo normal es que cuando se ofrece un homenaje se pretende honrar al que lo recibe, en éste caso es el Centro Segoviano el que se honra al ofrecer ésta sencilla pero bien sentida ofrenda a su Presidente Perpetuo, el Excmo. Sr. Don Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya y Grande de España.

UN IMBORRABLE RECUERDO

*Por Carlos Robles Piquer
Ministro de Educación y Ciencia,
antiguo alumno del Marques de Lozoya.*

Decía Toynbee que la base de la civilización, más que el arte y la ciencia, era la bondad. Quién la ha contemplado una vez, añadía, lleva consigo para siempre un recuerdo imborrable.

No soy yo muy dado en pararme en los recuerdos, pero cuando pienso en mis años de estudios en una Facultad madrileña en los difíciles años cuarenta, aparece nítida y luminosa, como imborrable, la figura de Don Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, entrañable Profesor de Historia del Arte Hispanoamericano. Me doy cuenta, entonces, que efectivamente el afectuoso recuerdo viene acompañandome a lo largo de mi existencia.

En verdad, que aunque hubiera bondad, no era lo único que resplandecía en Don Juan. Sus clases en mi recuerdo están marcadas precisamente por el sello del arte y de la ciencia. De un arte y de una ciencia, por cierto, muy apartadas de un saber libresco. El y otros no menos ilustres historiadores estaban poniendo en aquellos momentos los cimientos de la Historia del Arte Hispanoamericano. Lo recuerdo como un auténtico disfrute intelectual asistir a aquel proceso de creación, escucharle aventurar una hipótesis, trepar y revolver por la historiografía, buscar analogías y semejanzas advertidas por primera vez, encontrar rastros y pistas olvidadas, tratando de dar unidad, coherencia y sistemática a un mundo abigarrado e inmenso en la geografía y en el tiempo histórico. Don Juan conocía su mundo por experiencias vividas y nos lo transmitía dando fé de él con la emoción que proporciona el hallazgo. Era imposible permanecer ajeno y la clase participaba plenamente.

Otros dirán de los méritos científicos de Don Juan, de su infatigable pluma, de su presencia constante en la primera fila de la vida española de nuestros días, de su actitud catalizadora de tantas empresas desinteresadas, de su talante eminentemente pacificador frente a toda situación ásperamente conflictiva.

Yo quiero, pura y simplemente, dar testimonio emocionado de su magisterio, de la lección permanente que era para nosotros oírle hablar sin consultar una nota sobre materia de alta erudición, cuando podíamos adivinar que había por medio largas horas de estudio robadas al descanso, pues no ignorábamos que inexcusables deberes de carácter público absorbían gran parte de su tiempo.

Dar testimonio también de su accesibilidad y de la generosidad con que, a pesar de ello, distribuía su tiempo con nosotros. Desde entonces me honro con su amistad, amistad de maestro a discípulo, entregada sin contrapartida ni cortapisas, pues poco o nada le podíamos dar nosotros, sus alumnos, apenas salidos de la adolescencia.

Inolvidables recuerdos de un viaje a Italia en el 47, compartiendo con nosotros las duras condiciones de vida en un mundo recién salido de los horrores de la guerra mundial, enseñándonos, sin embargo a redescubrir la historia y la belleza sepultadas en ruinas todavía palpitantes.

Inolvidable hospitalidad la de su Torreón de Segovia concedida generosamente a sus alumnos que estábamos en el cercano campamento de La Granja haciendo la Milicia Universitaria, quienes entrábamos, como por milagro, en un ambiente de sosiego y de serena hidalguía.

Muchas cosas podría contar de aquella época pues Don Juan era para nosotros de una encantadora sencillez, infatigable contador de anécdotas e inagotable creador de situaciones divertidas.

Pero prefiero quedarme con la lección de su magisterio siempre joven, su imagen profesoral, para que sirva de ejemplo a quien lo pueda seguir.

EL MARQUES DE LOZOYA EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Por Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela, Secretario Perpetuo de la Real Academia de la Historia.

El benemérito Centro Segoviano, de Madrid, al que no cabría mejor Presidente que Don Juan de Contreras y López de Ayala, IX Marqués de Lozoya, dedica a éste, con entera lógica y oportunidad, los rendimientos del presente libro, en la excepcional hora de haber sido elevado nuestro personaje a Grande de España, por certera decisión de Su Majestad el Rey.

Y al rogárenos participación en dicha obra-homenaje, aun haciéndolo, gustosisimamente, dentro de elementales pautas, va aquella asistida de insuperable fervor amistoso hacia el caballero que, a lo largo de ya dilatada vida—Dios hará que con muy extenso latido todavía—, ha acertado a ofrecerse como paradigma de plurales conductas ilustres, gratas y fáciles para el puntual recuento de hoy, al que, sin duda, han de aplicarse cuantas mejores plumas son igualmente movilizadas para la realidad de estas páginas.

En la Real Academia de la Historia, a la que, como numerario, Lozoya pertenece, enaltecíendola, desde hace treinta y cinco años, la diestra merced aludida, de Don Juan Carlos I—entendemos que única de esta índole hasta ahora otorgada a un intelectual, por el hecho de serlo—, hubo de ser acogida con unánime contento, y de él nos convertíamos en pronto eco, durante sesión contigua al propicio suceso, en que nuestro Monarca investía a Lozoya con aquella suprema y bien ganada dignidad nobiliaria.

Porque al favorecérenos con el superior encargo de comentar brevemente ahí, la mayestática concesión referida y las características familiares de quien de tal suerte quedaba condecorado, era natural resaltar la exacta y siempre conseguida sintonía de estirpe y conducta, lograda por Lozoya; maridaje de alto rango, el más estimable, y, desde luego, acreedor a la crónica que sucintamente consumábamos entonces. Publicable en el "Boletín" corporativo, a él remitimos al curioso, mientras las breves líneas de

hoy, fieles al rótulo que llevan, dejan a otros colaboradores en este homenaje biográfico amplio margen para catalogar quehaceres y erudiciones del Marqués de Lozoya.

Recoger, pues, entre todos, la brillante y generosísima, polifacética actividad del insigne segoviano, quien, en pasmosas compatibilidades, hace posible un libresco afán muy distinguido, y la cátedra universitaria; los cursillos, conferencias, charlas y artículos, extendidos por el mapa íntegro de España. Tan denso y plural quehacer, grávido siempre de ciencia, y aligero de exposición; amena y docta palabra, en fin, sin asomos de efectismo, la suya, asequible y humanísima, como su persona misma.

Don Juan de Contreras, con grande y reconocido bagaje cultural, arribaría a la Real Academia de la Historia, como numerario, aunque perteneciendo a la misma desde antes, en su calidad de correspondiente, juvenil y merecidamente lograda, pues que por entonces —años de 1916, previos en otros siete a su brillante oposición a cátedra de Universidad— contaba en su haber obras como “Doña Angelina de Grecia”, “Poemas arcaicos”, “Poema de añoranza” —poeta, excelente también, el académico—, “La ermita románica de San Pedro de la Losa”, “Inventario de la Segovia desaparecida”, “El Paular: reseña de una excursión”, “Faldeando la Sierra”, “Una excursión arqueológica por la provincia de Segovia”..., teniendo en prensa “Vida del segoviano Rodrigo de Contreras”, y preparando otro trabajo de carácter local “Los Gremios segovianos en el siglo XVI”.

Al dar gracias en aquella ya distanciada ocasión, el nuevo Correspondiente no podría por menos que significarse ante la Real Academia a que accedía en la sencilla línea de siempre, norte de su existencia, pues que sentaba: “Aunque valgo poco y en poco podrá contribuir a los fines de esa docta Academia, me pongo incondicionalmente a sus órdenes y a las de V. E. (el Director), ofreciendo dar cuenta de mis pobres trabajos y de cuanta noticia histórica pueda adquirir en la antigua ciudad donde resido”. Claro es que aludía a la natal y bienamada Segovia.

En 8 de marzo de 1940, veinticuatro años pasados —contando cuarenta y tres de edad—, llegaría a Lozoya dicha medalla de numerario de esta misma Real Academia de la Historia, conferida a propuesta de tres nombres de grata memoria en los anales corporativos. Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteròs, Don Félix de Llanos y Torriglia y Don Benigno de la Vega Inclán, Marqués de este apellido,

con el "Visto bueno" del Censor, Marqués de San Juan de Piedras Albas, y el "Conforme" del Director, que accidentalmente lo era Don Salvador Bermúdez de Castro, Marqués de Lema.

Llegaba el nuevo académico para ocupar vacante producida por la sangrienta muerte del insigne jesuíta Padre Zacarías García Villada; era la medalla número 36, anteriormente ostentada por Don Juan Bautista Barthe, por Don Juan Bravo Murillo, por don Juan de Cueto y Herrera, por Don Eduardo Saavedra y por Don Julián Ribera. Y como obras de carácter histórico —y no únicas— presentaba Lozoya el estudio dedicado a su remota antepasada, de egregia sangre", Doña Angelina de Grecia"; "Vida del segoviano Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua", "Historia de las Congregaciones de menestrales en Segovia", "La Campaña Navarra (1793-1795)", "El concepto romántico de la Historia", "La Primera República Española", "El Canciller Pero López de Ayala" y la historiografía portuguesa", "El Monasterio de San Antonio el Real, de Segovia", "Algunos plateros segovianos del siglo XVI", "Historia del Arte Hispánico", en sus tres iniciales tomos; "La iniciación en Segovia del Movimiento Nacional", "Los orígenes del Imperio: La España de Fernando e Isabel", teniendo en su haber, además, sendos y jugosos estudios liminares a los siete tomos de la edición española de "La Moda. Historia del traje en Europa" de Max von Boehen, y numerosas conferencias y artículos, bien significativos de las solvencias de crítico y de erudito de nuestro autor, y del amplio marco en que acertaba a encuadrarlas —(Vendría, posteriormente, un considerable acrecentamiento de esta valiosa bibliografía, merecedora del general asenso, entendemos que culminado en su "Historia de España" (1967 y siguientes)— definida por el propio Lozoya con gran precisión, al decirnos que "escribir una Historia de España para lectores, retrotrayendo los métodos hasta Don Modesto Lafuente, pero procurando siempre estar al tanto de las últimas investigaciones, es el objeto de este libro". Libro deliciosísimamente redactado y que complementan incontables y magníficas ilustraciones, casi siempre conseguidas de modo expreso para dichas páginas que, hoy se hallan en múltiples hogares del país)

— A raíz de su citado nombramiento último, de Numerario de la Real Academia de la Historia, volverá Lozoya a reiterar íntimos deseos de utilidad a la misma "Mi firme propósito de trabajar con el mayor entusiasmo en las tareas que me fueren encomendadas". Voluntad que no iba

a desmentirse a lo largo del tiempo, en el que, por fortuna, todavía se halla, vinculado favorablemente a dicha Corporación y a la Real de Bellas Artes de San Fernando, de la cual, como nadie ignora, es Director muy querido.

— El acto de recepción en nuestro Instituto se celebraría el domingo 23 de mayor, bajo la presidencia del Ministro de Educación y Ciencia —Don José Ibañez Martín—, del Director de la Academia, Duque de Alba, del Nuncio de su Santidad y del Obispo de Madrid-Alcalá; también, del Alcalde de la Villa y de Don Elías Tormo, quien poco después sería nombrado Censor. Introduciendo en el salón al Marqués de Lozoya, como más modernos Numerarios Don Francisco Alvarez-Osorio y Farfán de los Godos y Don Natalio Rivas y Santiago.

— Registra el correspondiente Libro, en el acta de tal fecha, suscrita por el Secretario accidental, Don Francisco Javier Sánchez Cantón, de insigne memoria —y Director después—, hallarse el salón de actos ocupado por grande y distinguida concurrencia, y en estrados, no sólo miembros de esta Academia, pero también de otras, “y diversas personalidades más”. El aire cordial de siempre, envolviendo, pues, la entrañable figura del protagonista de esa tarde disanta.

— En enjundioso discurso del recipiendario, “Introducción a la biografía del Canciller Ayala” —“Patriarca venerable de la Historiografía Hispana”—, fue contestado por su antiguo maestro —maestro de muchos— Don Antonio Ballesteros Beretta, quien, al resaltar la seria aportación a los estudios históricos, ya consumada por Lozoya, hacia fácil el augurio de su frecuente colaboración académica, terminando su efusiva bienvenida, con una postrera referencia biográfica al nuevo colega.

Sucinta, pero cabalísima, hecha todo un retrato de las facies espiritual del flagrante Numerario “Además -decía— posee el Marqués de Lozoya un caudal angélico de bondad, reconocido por cuantos le tratan, y de este extenso latifundio pudiera repartir a muchos”, no sin matizar Ballesteros que, dotado también Don Juan de suficientes dotes analíticas, como para impedirle no incurrir, cuando sus juicios históricos, “en la excesiva lenidad, tan perjudicial como el severo hipercriticismo”.

— Las primeras palabras de Lozoya, en su inicial concurrencia a la Academia —sesión del 4 de abril del año aquél— serían para presentar un texto ajeno, “Filosofía del español Luis Vives”, obra recentísima de su compañero

de Universidad, el Catedrático de Filosofía del Derecho Don Mariano Puigdollers. Siempre habrá de guardar nuestro homenajeado de hoy atención manifiesta hacia cualquier novedad bibliográfica válida, y de ella quedan expresivas muestras a lo largo de los Libros de Actas de nuestra Corporación, recogiendo sus ofrecimientos a ésta, de producciones de diversos autores, acompañadas de oportuno comentario.

— El dilatado período que va desde 1939 a 1951, siendo Director General de Bellas Artes —puesto bien armonizado con sus muchos saberes— y las correlativas obligaciones de tal cargo, darían ineludible intermitencia a sus presencias académicas, justificadas también con su dirección de la Escuela Española de Bellas Artes, de Roma, a cuyo frente permanecería por espacio de un fecundo lustro, aunque sin perder sus contactos con la corporación, a la que hubo de aportar buena y propicia acción.

— Así, entre muchas más —de imposible cita aquí—, en las Juntas de 13 y 20 de febrero de 1942, al regreso de misión oficial a Perú, con oportunidad del Centenario de Francisco Pizarro, regalando a sus colegas con una explícita y vivaz noticial del viaje. De su estada en Lima, y de sus excursiones a Trujillo y a la parte sureña de tan bello país; y la visita rendida al Cuzco, evocador de viejos e ilustres burgos de España, como Toledo, Avila o Segovia.

Toda una plástica y minuciosa crónica, que iba desde la ponderación de algún paisaje o monumento, a la especial referencia a los hermosos templos cuzqueños, como el de Santo Domingo, edificado sobre otro, antaño dedicado al Sol. Cuantioso, el Perú, en tallas y en pinturas, de las que ha llegado a decirse que en el XVIII saldrían para repararse por aquel Continente todo, hasta diez mil piezas.

Por cierto, que con el mismo Juan de Contreras —que ha realizado nueve viajes ultramarinos, siempre en alta función cultural— hubimos de efectuar inolvidable periplo, unidos al gran lírico y académico Gerardo Diego. Era en 1964, imborrable en el propio recuerdo y en la nostalgia de aquellos inefables confines, de la coronada y antigua ciudad virreinal. Lozoya protagonizando entonces un doble e importante descubrimiento artístico, cuando visitábamos alguna señorial y opulenta mansión, de marcada impronta hispana.

Sus moradores —y dueños— iban discretamente señalando a sus invitados visitantes, cuadros, tapices y porcelanas, armónico y heredado lujo de la casa, rehuido delibe-

radamente el tránsito por dos recoletas estancias, de previsible modestia, a las cuales, no obstante, llegaría el ojo expertísimo y avizor de nuestro amigo, de pronto alborozado, pero sencillo partícipe a los estupefactos señores del aludido palacete, blasonado de españolísima armería, de su hallazgo del instante, nada menos que de dos zurbaranes, de indubitable factura, nueva prestancia del hogar aquél.

Con dichos viajes trasatlánticos, a los que iba ya con preparación bastante, ha lejanías, que tienen expertos de la categoría de un Diego Angulo o un Enrique Marco Dorta. Nuestro Marqués, siempre dadivoso, no sabría ser ahorrativo de esos sus conocimientos, incansable y eficazísimo conferenciante, cuyos méritos tiempo ha que tiene asimismo reconocidos la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando —queda recordarlo—, a la que accedería el 27 de febrero de 1940 —meses antes de hacerlo en la de la Historia—, trayendo a ella, como dijo Don Pedro Muguruza, al recibirlo ahí, “el decoro de su rango, el valor de su nombre y el caudal de sus estudios”

— Pese a aquellas obligadas intermitencias en concurrir a nuestras Juntas de los viernes, alto es el número de veces que ha venido a ellas, registrando el “Anuario” corporativo hasta seiscientos cuarenta y cinco, al acabar 1975. En muchas, disertante espontáneo, y en todas docto y oportuno; intervenciones generalmente contraidas a temas de arte, de su mayor inclinación, esclareciendo puntos controvertidos, o en rúbrica y asenso de importantes opiniones ajenas.

Parece obvio añadir que sus preferencias por cuanto atañe a Segovia, de su rancio linaje y de su nacencia, responden a temática segoviana. Así, de sus estudios en el “Boletín” corporativo, “La matriz del sello concejilde Cuéllar”, “Algo más de la fortuna del Bosco en España”, su segunda versión de “Doña Angelina de Grecia”, “El escudo de armas del Ayuntamiento de Lozoya”, “La Casa de los Marqueses de Moya”, “Escudo de armas de la Diputación Provincial de Segovia”, “Don Francisco de contreras Presidente de Castilla”...

— Otros interesantes trabajos en dicha publicación —no única que sabrá de sus colaboraciones— son “El Romance de los diez Infantes de Lara”, “El Conde de Castel Blanco”, “Las pinturas románicas de la Iglesia de San Justo”, “La redención de cautivos de Argel”, “La generación de Alfonso XIII”..... Llevando asimismo la representación ofi-

cial de la Real Academia a diversas solemnidades, patrias y foráneas, entre ellas al VIII "Congresso Internazionale di Storia delle Religione", celebrado en la Ciudad Eterna, por los años de 1955. Elegido por esta Real Academia de la Historia, hubo de representar entonadamente al Instituto de España en alguna legislatura, como Procurador en Cortes.

Su actividad académica presente también en algunas de las Comisiones que, dentro de la Corporación, atienden a su normal y complicado ritmo; las de la "España Sagrada" y de "Antigüedades", operante, pues, en la vida entera del viejo Instituto que fundara el primer Borbón, sin faltarnos tampoco sus discursos en públicas solemnidades académicas, como en las de recepción de los numerarios Duque de Frias (1975) y el que suscribe (1958). Ni esa finísima nota de humor —humor oportuno—, que constituye otra característica de su salubre y cultivada condición.

— Sobre sus preciadísimas Medallas de Segovia, al Mérito en las Bellas Artes y al Mérito en el Trabajo, su santiaguesa venera y otras altas y bien merecidas condecoraciones y rangos —Consejero del Reino que fue y Presidente del Instituto de España, Presidente del Tribunal de las Ordenes militares, y tantos entorchados más—, Lozoya, valorando mejor, sin duda, hoy, la evidencia y justificación íntima de esa Grandeza de España que acaba de serle conferida por el Rey, nuestro Señor, en los albores de su alto tiempo, así certeramente encaminado por nobles rutas, florecidas de esperanza magnífica.

— Volverá Lozoya a hacer memoria, en apreciación exacta del ya alejado discurso de Don Antonio Ballesteros, actual siempre, pues que es definición feliz de nuestro homenajeado de hoy: "Compañero ideal seráfico, que auna las dotes del alma al suave trato de los hombres". Ejemplo de amigos, entre quienes, postrero por su modestia, pero alzado al mejor plano en cuanto al afecto, entiende uno que debe reconocerse al firmante de estas deshilvanadas notas. Notas de urgida redacción, aunque solemnes y sosegadas, en su cordial y acendrada vocación por la gran humanidad de nuestro Juan de Contreras y López de Ayala Marqués de Lozoya.

Madrid y abril de 1976.

LA “GRANDEZA” DEL MARQUES

Por Felipe María Garín y Ortiz de Taranco. Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, y antiguo alumno del Marqués de Lozoya.

Somos testigos, sin duda afortunados, desde octubre de 1.924, de esa “Obra Bien Hecha” en expresión dorsiana, que son la vida y el trabajo —una misma cosa— del maestro universitario Don Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya, recientemente distinguido por la merced del Rey Don Juan Carlos I, con la condición de “Grande de España”, vinculada a su título nobiliario, al que tanto lustre ha dado con su quehacer cultural. Y, como en la concesión se precisa, “en razón a una vida tan fecunda como generosamente entregada al estudio, la investigación y la enseñanza, en aplísima panorámica que comprende desde el Arte a la Literatura, pasando por la Historia, en una incansable labor de exaltación del patrimonio cultural de España y sus realizaciones humanas..., que se ofrece, como ejemplo, a las generaciones venideras.

Tal es su mérito: ese pugnar por la verdad, la virtud y la belleza —auténtica “heliomaquia”—, ejerciendo el magisterio, en la Cátedra, en la tribuna, o deambulando por callejas o caminos, ante monumentos y maravillas; gobernando la cosa pública de las artes durante doce años; cantando a España y especialmente a su ciudad natal (“Amo yo a mi Segovia, si el ambiente es de cristal y brilla en el nevero el tibio resplandor del sol de enero....”), escribiendo una Historia del Arte Hispanico, en cinco tomos, con amplitud ecuménica, y una Historia de España que puso a cualquier alcance el sentido y ser de la patria. O dirigiendo, en Roma, la Academia española “sul Gianicolo”; como fiel, en cualquier actividad —conferencias, excursiones, cruceros— a su norte de repartir la dicha que comporta el conocimiento de la belleza artística hecha por la gente española, un poco a la manera del objetivo o razón de ser de todo el arte hispánico, que ha historiado, según es dicho, y él señaló al frente de sus cinco tomos: “henchir al mundo de belleza cristiana.”

Le recordamos, igualmente maestro, en la lóbrega aula de la calle valenciana de la Nave, como sobre el "techo" de la cueva de Altamira; en la tribuna de cualquier entidad, desde las Reales Academias a un salón de Manises o de otra población; en las Huelgas ó en Miraflores, como al pié de "su" acueducto de Segovia, y en algún local sevillano, entre eminencias locales y foraneas, todos a la sazón sus oyentes; así como en la Rábida, o por las calles vitorianas, ante portales blasonados y rincones llenos de historia, después de verle luchar en una improvisada oficina de recuperación artística, tanto por salvar lo salvable, como por calmar a los que reclamaban sus tapices, sus goyas o sus porcelanas. Antes, en viajes preelectorales de los años treinta, y al llegar al Salón de Sesiones; ó en el museo donostiarra de San Telmo, albergue ocasional del Instituto de España, oyendo a d'Ors y a Tormo, en la Academia Española, cuando el centenario de Van Dyck, o en el de Claudio Coello, en San Plácido de Madrid, presidido por Romanones. Cuando no enseñando las estancias que acababa de "descubrir" en el Palacio Real, o esperándole en el puerto de Barcelona, llegar en el "Cabo de Hornos" de su largo viaje al Perú.

No le oimos explicar Roma, cuando su dirección en San Pietro in Montorio, pero sabemos cuánto gustaba de perderse por las calles incomparables de la urbe. Si, le recordamos en aquellas excursiones de los años veinte con las academias del Centro Escolar y Mercantil por el Puig, Jativa, Benisanó o en Liria, explicando el mosaico romano —aun "in situ"— con las hazañas de Hércules; o escribiendo, aunque fuese un rato cada día —robando tiempo al descanso— unas líneas de su "Arte hispánico", la obra que íbamos comprando los estudiantes a plazos de un duro al mes.

También en el Colegio Cantabro, explicando la España de Felipe II, como recibiendo juramentos de "inmortales" en "San Fernando"; presidiendo tribunales, dictando conferencias, prolongando su vida activa docente en la Universidad de Navarra; aconsejando en el montaje de museos (¡Cuanto le debe el de Valencia!), contestando a academicos recipiendarios, y dando la atribución de cuadros u objetos con cuya consulta le asediaban.

Que una vida así, comenzada siempre junto a Dios vivo en el templo más próximo, y consumida, quemada, en servicio de lo mejor, sea recompensada, es lógico y ello honra tanto al que se premia como a quien lo decide.

Grande, sin “grandeza” hasta ahora, era el Marqués de Lozoya desde hace más de medio siglo. Ahora, inscrito en un nuevo estamento de nobleza —la suya, linajuda, entronca con los orígenes de la unidad nacional— seguirá siendo el mismo, tomando el “metro” o el autobús; pareciendo dar excusas a todos cuando debiera tantas veces recibirlos; ignorando la defensa que es una negativa, y personificando tantas virtudes —las teologales y las cardinales— con esa cortesía que no es sino una especie de la caridad.

Grande de España, oficialmente ahora, el Marqués de Lozoya, “el Marqués” por antonomasia para tantos españoles, de Segovia y Valencia especialmente, poeta, novelista, historiador y crítico, pero sobre todo bonísima persona, es todo un ejemplo, un símbolo, y una consoladora presencia en el duro mundo en que vivimos.

EL PRIMER POETA DE SU TIEMPO

*Por José Camón Aznar
De las Reales Academias de
Bellas Artes, Historia y Cien-
cias Morales y Políticas.*

La historia de España, el arte español, y todo lo que rodea esos estudios ciclópeos, han sido abordados por el Marqués de Lozoya en una síntesis en la cual se une la visión global y calificada, al detalle minucioso y a la erudición exhaustiva. Como norma valorativa de todos los acontecimientos históricos y artísticos, señalemos una serenidad y un equilibrio que excluyen todo fácil dramatismo y toda exarcebación sentimental y subjetiva. Se va desarrollando el curso de la historia desde un punto de vista humano y social, en una sucesión sin cortes drásticos y sin abismos de sombra entre un período y otro.

¿Y cuál es el secreto de esa tan ponderada y espiritual interpretación de España, que lima todas las aristas y nos deja una impresión de placidez espiritual y de comprensión humana? Sencillamente, porque en el fondo del pensamiento de Juan de Contreras, late una voluntad poética, una inspiración que, desde sus libros juveniles, marca ya todo el sesgo de su labor. No se ha comentado bastante el hecho de que los primeros libros del Marqués de Lozoya fuesen de poesía. Y de galana poesía, de temas líricos y heroicos, de una versificación fácil y de una tan alta inspiración que, como anécdota personal, tengo que decir que cuando estudiaba la carrera de Derecho, el profesor de Derecho Canónico, D. Juan Moneva y Pujol hablaba del que consideraba como el primer poeta de su tiempo: el Marqués de Lozoya.

Y ese instinto poético ha permanecido a través del tiempo, corriendo por el cauce de una dedicación profesional a la historia y al arte. ¡Y qué unida va toda su producción a su carácter, qué comprensión, qué falta de sentido discriminatorio en la versión del suceder histórico! Y ello va unido no solamente a ese fondo de poesía que hay en su espíritu, sino a una bondad que forma el rasgo más destacado de su personalidad. Bondad que le ha permitido acercarse a todos los acontecimientos históricos y artísticos, percibiendo matices que una mirada desinteresada no les habría captado. Cualquier página de su arte mantiene un tono cordial, un

sentido humano y cercano de todo lo que nos ha legado la tradición. Porque ese todo es ya por sí, la mejor definición de un análisis que se ha concretado en los diversos volúmenes de esta gran epopeya.

EL MARQUES DE LOZOYA ADALID, AMIGO Y EJEMPLO

*Por Luis Julve Guerrero
Ex-Gobernador Civil de Segovia*

Pocas cosas pueden resultar tan gratas como el rendir tributo de admiración y respeto a una de esas grandes figuras, que desgraciadamente sólo surgen de tiempo en tiempo, y que atesoran en sí, no ya y sólo una elevada cota científica y cultural, sino también las más excelsas cualidades personales de sencillez, humanidad y afabilidad.

El Marqués de Lozoya, "nuestro" Marqués, como en cierto sentido posesivo por mor de cariño y afecto, es conocido y designado por los segovianos, constituye el prototipo de los hombres de esta tierra.

Incansable luchador por toda causa justa, maestro en la investigación y el estudio de las Artes Humanísticas, develador de los más recónditos pasajes de la historia segoviana, publicista y conferenciante riguroso sin mengua de un innato ingenio y amenidad, D. Juan de Contreras ha dedicado toda su vida a esa noble misión de enseñar en la cultura y, en lo que es aún más difícil, en el ejemplo honesto y pletórico de autenticidad de su dilatada y eficaz dimensión privada y pública.

Las Artes y las Letras Españolas se han visto honradas por el Marqués de Lozoya. Y especialmente Segovia siente el legítimo orgullo de que uno de sus preclaros hijos haya señoreado por toda la Geografía Patria y, aún mas allá de nuestras fronteras, el nombre glorioso de una tierra y la hidalguía de unos hombres, ilustres descendientes de aquellos recios comuneros que lucharon con fé, patriotismo y dignidad por la justicia, la libertad y sus fueros.

Pero yo quisiera resaltar, de entre las muchas cualidades del Marqués de Lozoya, una peculiar que reviste especial fulgor. La sencillez y la humildad de D. Juan de Contreras son las propias de los grandes hombres. En ello radica, en mi opinión, su gran mérito que le ha facilitado el acercamiento a todos los hombres, cualquiera que sea su posición, su nivel de conocimientos o su simple inserción en la sociedad.

Austero y llano en sus costumbres, amable y comunicativo en el trato, jamás se tiene la sensación, cuando se está con el Marqués, de distancia o de embarazo. Intelectuales, artistas, políticos, profesionales, campesinos y agricultores, han departido y recibido enseñanzas de este ilustre segoviano. El Marqués para con todos ha tenido siempre palabras de afecto y cariño; su magisterio lo ha revestido de modo tal que, en muchas ocasiones, y por su modestia, mas parecía que estaba como alumno, él que es, aunque jamás se haya sentido, y menos aún lo haya querido aparentar, el gran Patriarca de las Artes y las Letras españolas.

El Marqués de Lozoya nunca ha doblegado su férrea voluntad en el trabajo y en la defensa de todo ideal noble y justo. Se ha sentido siempre identificado con los problemas e inquietudes de su pueblo. Y su pueblo, ese pueblo segoviano, con la fina sensibilidad castellana, ha tenido siempre la firme certeza de que podía contar con D. Juan de Contreras, como uno de los suyos.

Ciencia, sencillez de trato, humildad, posposición de cualquier protagonismo y de todo interés particular, configuran la recia y noble dimensión de quien tanto ha hecho y sigue haciendo por España y por Segovia.

La concesión por S.M. el Rey del título de Grande de España, en consideración a sus méritos en favor del arte y de la cultura nacional, nos llena a todos de satisfacción. Para Segovia el Marqués de Lozoya es adalid, amigo y ejemplo. Para quienes hemos servido a Segovia y tenemos puesta nuestra mirada en los dolores y esperanzas de sus hombres, D. Juan de Contreras constituye no solo un permanente magisterio, sino también la confianza y garantía de que tierras con hombres como el Marqués, recobrarán el pulso que dió vida a la grandeza, la libertad, la justicia y el mas solidario y generoso entendimiento nacional.

SEGOVIA ES LA CIUDAD DE SUS AMORES. SU CIUDAD.

*Por Luciano Sánchez Reus
Alcalde de Segovia*

D. Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, Grande de España, es sobre todo un Segoviano Insigne, porque en segoviano piensa, en segoviano siente y como segoviano ejerce.

Segovia sabe de su laborar infatigable y de su acrisolado buenhacer al servicio de España y de la Cultura. Y Segovia le está agradecida, porque gran parte del conocimiento y admiración que hoy se tiene de esta vieja Ciudad castellana dentro y fuera de nuestras fronteras, a él y a su obra se deben.

Ha contribuido a la conservación y acrecentamiento de nuestro patrimonio monumental y artístico y por ello le somos deudores con nuestro reconocimiento de presente que será agradecimiento de las futuras generaciones a un hombre ejemplar.

Para él Segovia lo es todo. Con afán singular ha investigado y escudriñado sus historias, leyendas y tradiciones, y ha contemplado y estudiado con pasión y erudición sus singulares monumentos, para luego descubrir en cada rincón y en cada piedra antigua la verdad trascendida en su letra con galanura, encanto y poesía.

Sus mejores poemas cantan a su Segovia. Sus segovianos personajes se mueven en el escenario de las viejas casonas y calles de esta nuestra Ciudad.

Docto historiador del arte, reserva siempre, con cariño apasionado un destacado lugar para las casas de Segovia y sus manifestaciones artísticas, cuyas excelencias ha ido pregonando por el mundo entero.

Defensor de nuestro tesoro local, restaurando templos y murallas y protegiendo para el futuro mediante disposiciones legales, zonas y paisajes escogidos de la población que son legítimo orgullo nuestro.

Cronista de la Ciudad, Medalla de Oro de la misma. Su hidalguía y caballerosidad, su ingenio y bondad, su humildad y modestia, todo ello puesto siempre al servicio de su tierra, hacen que los segovianos nos sintamos justamente orgullosos de su prestigiosísima y acusada personalidad.

Por todo ello, querido Marqués, Segovia se honra de que seas su hijo. Tu vida es historia viva de la Ciudad y yo en nombre y representación de ella, quiero con estas torpes pero sinceras y emocionadas líneas, siendo portavoz del sentir de Segovia, unirte al merecidísimo homenaje que se te rinde.

UNA LABOR DE APOSTOLADO PREDICANTE

*Por Joaquín Pérez-Villanueva
Presidente del Consejo del
Patrimonio Artístico y
Bellas Artes*

Los amigos segovianos del Marqués de Lozoya han tomado la feliz iniciativa de decir de modo ostensible su gozo por la reciente, merecida y bien justa distinción con la que acaba de honrarse. Somos muchos también los segovianos de corazón que unidos a Juan de Contreras por el mismo vínculo amistoso y cordial, nos sentimos alegres con esta justa promoción que viene a premiar una vida larga y densa de merecimientos, de trabajo fecundo y de servicios a la historia y a la cultura que es nuestro común patrimonio de españoles.

Tantos y tantos amigos de Lozoya podríamos aportar, en esta ocasión, todo lo bueno que hay que decir de sus perfiles humanos, de su vocación española, de su pasión por el pasado nacional; por todo aquello que nos cualifica como uno de los conjuntos humanos más peculiares de la tierra.

Pocos españoles podrán alegar, en servicio de esa nuestra entidad común, ni más afán apasionado, ni más tenaz esfuerzo, ni logros más copiosos.

De nuestro pasado nacional, de su historia y de su expresión artística, de sus rasgos esenciales ha hecho Lozoya, a lo largo de su vida, labor continuada y preferente, dedicación integradora, pasión, trabajo y estudio fecundo.

Tres cuartos de siglo de esfuerzo sin pausa de apego entusiasta a la Investigación y a la docencia, hacen de Lozoya un ejemplar humano entrañado en merecimientos difícilmente superables.

Como historiador del arte, Lozoya tiene en su haber logros copiosos que cubren panoramas muy extensos de nuestro patrimonio y de su esencial significado. En este sentido, su obra no es la fría expresión de una investigación sin alma, sino el cálido resultado de un esfuerzo de identificación desde dentro con lo que el país y sus habitantes produjeron artísticamente a lo largo del tiempo, su acento humano y expresivo, la entraña misma del ser español en su genio artístico y en sus mejores logros de cultura.

Lozoya no ha escrito nunca páginas indiferentes. Sus pesquisas y sus frutos escritos, sus conferencias y expresiones, están siempre impregnadas de noble pasión española, de ardorosa identidad con su país, con sus ciudades y paisajes, monumentos, cielos gentes y montañas.

Lozoya, en su Segovia natal, la ciudad de sus raíces, de su razón de ser y de su vida. Lozoya, es verdad, y así se ha dicho, forma parte de su ciudad natal cuyo pulso es el suyo, sus hombres todos, sus amigos, sus piedras y rincones algo vivido con el corazón caliente y la sensibilidad identificada y fervorosa.

Un hombre fiel a su vocación, ligado al trabajo gustoso tan tenaz como entusiasta, animoso, cordial, comunicativo y bueno. Un ejemplar humano entrañado en virtudes ejemplares de hombre intachable dado al trabajo intelectual, y, al mismo tiempo, a la vida ciudadana, al servicio común, a las mejores cualidades que lo definen y que pueden ser en tantos aspectos paradigma.

Este es el hombre, que, con motivo de una alta distinción reciente, reúne en torno a sí la admiración de tantos como le conocen, y el afecto renovado de quienes somos, con tanto gusto, sus amigos.

Los críticos podrán hacer, y ya lo han hecho, y sin duda seguirán haciendo una justa valoración, y la discusión adecuada, de la obra copiosa de Lozoya, sus libros, artículos y conferencias que tan amplio campo de nuestra historia artística han contribuido a esclarecer, sistematizar, y, mucho también, a divulgar y difundir.

Lozoya tiene el afán de claridad y el don de comunicación. Su tenaz indagación de nuestra historia artística, y con ella de nuestro pasado nacional, ha servido a este profesor, ardoroso de comunicación, para transmitir, con la pluma y la palabra, sus hallazgos en una labor de apostolado predicante y comunicativo que define uno de los rasgos esenciales de la generosa personalidad de nuestro amigo. Porque Lozoya, además de investigador aplicado y laborioso, ha sido, a lo largo de muchos años, un difusor itinerante y autorizado de nuestras cosas, dispuesto siempre a la conferencia o a la charla comunicativa. Gran ejecutoria, incansable afán, el que ha hecho de Lozoya tan meritorio difusor de sus saberes, entre tantos y tantos auditorios de España y de muchos países diferentes; y gran deuda la que los españoles, advertidos de sus méritos, tienen contraída con este segoviano esencial, dotado de generosas cualidades poco comunes, y titular de una larga ejecutoria por tantos motivos meritoria.

SEGOVIA, ELEVADA A UNA SITUACION SINGULAR EN EL CONTEXTO MUNDIAL.

*Por Julio Nieves Borrego
Presidente de la Diputación
de Segovia.*

Expresar en unas breves líneas lo que, a mi juicio, representa para Segovia D. Juan Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, es de la mayor dificultad.

Dentro de la uniformidad y austeridad de los castellanos, D. Juan de Contreras significa la persona que, en constante tensión y superación, ha dado de nuestra provincia a todo el mundo un profundo conocimiento de sus valores espirituales y artísticos y la ha elevado a una posición singular y de privilegio en el contexto mundial.

Siquiera sea con brevedad y con la conciencia de que son muchas las cosas que van a ser olvidadas, voy a realizar una esquemática exposición del alcance profundo de la obra de este investigador ejemplar.

Punto de partida inexcusable es que los conocimientos de nuestro querido D. Juan y la forma en que los ha venido haciendo patentes, tienen siempre algo de mágico y misterioso; consecuencia obligada de que cada conocimiento guarda, para él, una relación directa con el orden del mundo. Esta ha sido y es, a mi juicio, la misión trascendental de su obra: hacer lo complejo, sencillo; lo denso, amable; lo aparentemente aislado, pieza exacta de un orden global, siempre presente en sus realizaciones. Por ello, no es posible hacer separación en sus estudios entre la poesía entendida en su más alto sentido, la sabiduría que confina en la genialidad, la mística profunda o el uso elegante del lenguaje. Y esa notabilísima conjunción se ejercita, podríamos decir, por el poseedor de una sagrada habilidad, que conduce a sus lectores y oyentes a aprender y a gozar en sus trabajos de todos esos componentes, porque de todos ellos hay abundante muestra en su extensa obra.

Pero es también importante señalar que las soluciones que el Marqués de Lozoya propugna en sus estudios ofrecen, por

su profunda filosofía, un carácter que supera la pura deducción lógica. La respuesta a las cuestiones es, más bien, un desligarse de las ataduras con las que el que pregunta ha sujetado al preguntado. Por ello, el hallazgo de la respuesta justifica desarma, de golpe, a quien interroga, ya que la respuesta no persigue tanto la comprensión de la entidad de un problema como ofrecer su significación humana y vital y su función cultural.

La importancia de su interpretación, por razón de su extraordinaria amenidad, puede aparecer como a caballo entre lo serio y lo divertido; ramificándose tanto en la dirección de lo socialmente amable como en el sentido de las doctrinas más profundas y exóticas. Pero en esta duplicación funcional no hay que pensar en que lo grave se rebaje hacia lo divertido; porque en el Marqués de Lozoya ambos campos constituyen un ámbito espiritual único, de donde va a surgir la exacta respuesta cultural.

A esta manera de tratar los problemas y como reflejo de su manera de ser, se incorpora otra característica de este segoviano excepcional: la bondad. En las polémicas científicas no se comporta —a pesar de serlo— ni como un poderoso científico ni como un intelectual intangible, sino como un sabio. Ya es conocido que los primeros se encolerizan cuando son contradichos o acorralados; mientras que los segundos responden amablemente, por admitir la polémica en igualdad de condiciones.

La consecuencia de todo lo expuesto es bien simple: la obra del Marqués de Lozoya no es un simple ejercicio de esteticismo o susceptible de explicación desde bases exclusivamente estéticas; sino una manifestación cultural floreciente representativa de funciones sociales y vitales, expresivas de todo aquello que es importante o necesario para la vida de la Comunidad.

De otro lado, el resultado global de una actividad humana ejercida en la forma en que lo ha hecho este importantísimo segoviano, se refleja en que, en el juego de la vida, D. Juan de Contreras es un ganador. Y aquí conviene indicar que ganar significa mostrarse superior a los demás en el desarrollo de su actividad; con la importante consecuencia de que esta superioridad patentizada tiende a convertirse en una superioridad en general. Con el desarrollo de su actividad, la figura que glosamos ha ganado prestigio y honores; pero, y esto es lo más trascendente, ese prestigio y esos honores tienen la importante virtualidad de transmitirse a la colectividad a la que pertenece, que resulta por ello beneficiaria del

éxito de uno de sus miembros más preclaros. Es decir, que la Comunidad segoviana se convierte, por así decirlo, en partícipe directa de los triunfos y distinciones que han recaído en uno de sus hijos predilectos.

Estas breves reflexiones, nacidas más de la admiración que del profundo conocimiento que todos deberíamos tener de su obra y del ejemplo de su vida, dedicados al estudio, en su doble vertiente de investigación y divulgación, son una pequeña contribución de quien en estos momentos rige a la Entidad más representativa de la Provincia al homenaje que todos debemos a D. Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya.

DEL MARQUESADO DE LOZOYA A LA GRANDEZA DE ESPAÑA

*Por Juan de Vera
de la Academia de Historia
y Arte de San Quirce de
Segovia.*

El "Centro Segoviano" en Madrid, por letras de su Secretario General, me ha premiado —escribiendo para el Marqués no puede darse otro calificativo— con el encargo de redactar unas cuartillas para colaborar en el homenaje que prepara con motivo de la real merced de la Grandeza de España de que ha sido objeto el Marqués de Lozoya. Con gusto presto mi colaboración a un homenaje, tan de acuerdo con una de las frases últimamente dictadas por S.M.: "Que la voz serena de la justicia se oiga en todos los rincones del país", recaído en un insigne segoviano, catedrático, historiador y gran concedor y divulgador del Arte, si bien, no muy a tenor con el carácter sencillo de nuestro paisano.

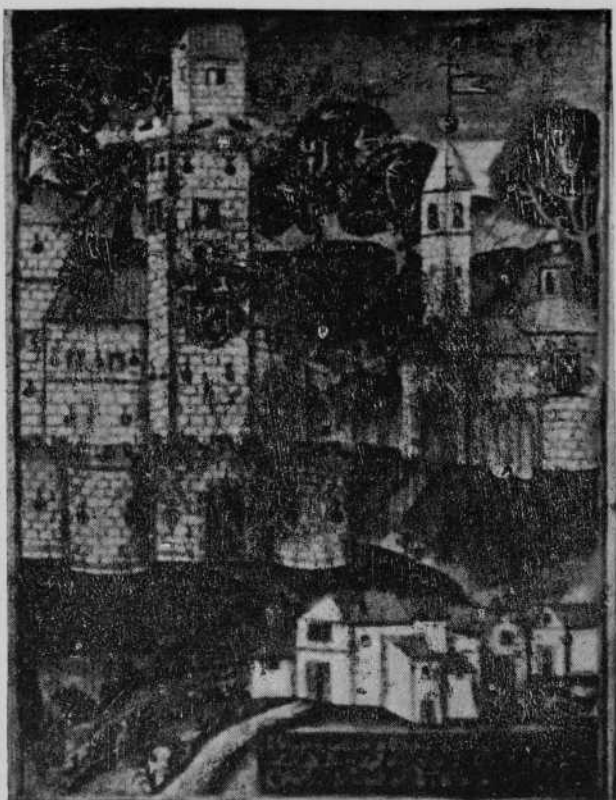
No se había borrado en la pantalla de la televisión la imagen de la noticia sobre la merced hecha al marqués, cuando nos faltó tiempo para telegrafiarle con nuestra enhorabuena, como amigo y como Director que es de la Academia de Historia y Arte de San Quirce. Pocos días después, recibí una carta dándonos las gracias por la felicitación, cosa que no tendría importancia consignar sino fuera seguida de unas líneas que reflejan su honesta manera de pensar, carente de toda clase de ostentación: "Creeme que estoy abrumado por la desproporción entre mis méritos y la calidad de la recompensa. Me complacen dos cosas: que la Grandeza vaya unida a mi título, cuya compenetración con Segovia conoces como nadie y que, por primera vez en la Historia se haya concedido, no a un financiero, a un militar o a un político sino a un viejo catedrático, aún cuando haya sido mal elegido".

Cuando Juan de Contreras estrenaba su recién obtenido título de Bachiller, yo pasaba al segundo curso en el Instituto General y Técnico de Segovia. Había sido durante los años de permanencia en el centro de enseñanza, compañero, más o menos riguroso, de chicos segovianos —la democracia se hacía entonces por sí sola, sin cacareos— como: Antonio Sanz, Eugenio de la Torre, Mariano Quintanilla, Luis Marcos, Ignacio Carral, Juanito Cáceres, ..., todos buenos amigos

mios, algunos hasta parientes y, entre todos, hicimos correrías juntos —yo como “pipi”— visitando, en determinadas épocas del curso, a santos y santas de la devoción estudiantil. Dos de estas visitas, de muy distinta índole, estarán grabadas en mi recuerdo mientras viva, una era la obligada en el mes de mayo a Santa Rita para implorar su protección en los exámenes y comprar sus pequeñísimos panes para comerlos —según tradición— en el momento oportuno; la otra, la casi diaria durante los recreos, al frontero convento de San Francisco, donde aún se conserva una capilla de los Márquez de Prado —marqueses del Arco— y en su cripta se amontonaban cráneos y diversos otros huesos, sin duda, de familiares o de frailes del convento. No obstante lo macabro de estas últimas visitas, no éramos capaces de anularlas sino más bien con entusiasmo transmitíamos nuestros descubrimientos a los nuevos compañeros.

Muchos años, después de estas infantiles amistades, Contreras y yo dejamos de estar en contacto. Cuando volvimos a reanudarlas habían pasado lustros; Juan de Contreras era ya catedrático de la Universidad de Valencia y marqués de Lozoya, título heredado al fallecimiento de su hermano Luis, y quien estas líneas escribe había terminado la carrera e impartía conocimientos científicos como profesor en el Instituto de Enseñanza de Segovia. Más tarde aún, la amistad fue estrechándose, siendo uno de los principales motivos de ello mi ingreso en la Academia de Historia y Arte de San Quirce en la cual fui elegido Vicedirector y como tal a las ordenes de su Director, el marqués de Lozoya.

En el año 1953 escribía yo un artículo hablando del marquesado de Lozoya y en él decía, que sin duda atraído por el auge comercial de Segovia, en las postrimerías del siglo XV, había afincado en nuestra ciudad uno de los linajes más preclaros de nuestro nobiliario, el de los Suárez de la Concha. Reyes de Armas y genealogistas del pomposo siglo XVII, pretenden demostrar, en su afán de grandezas, que los orígenes del linaje se remonta, en cuanto a lo espiritual se refiere, casi hasta lo divino; en cuanto a lo terreno, a los primeros reyes hispanos. Chindasvinto, fue el legendario fundador de la Casa. Nosotros, más modestos en la investigación y más parcos en la genealogía afirmamos, que una de las ramas de esta estirpe descendió a los lares segovianos desde el Real Valle de Carriedo, en las montañas de Burgos, donde sus miembros poseían la Casa-Solar de la Concha, llamada de Llosalbado, declarándose por hijosdalgos originarios de ella.



La instalación del linaje en nuestra ciudad data del último decenio del siglo XV con la llegada a ella, en 1496, traídos por su tío “el padre abad don Juan de la Concha, de la Orden de los Mostenses”, del matrimonio formado por el mercader Pedro de la Concha y Elvira Suárez, vecina ésta y natural de Onieva en el concejo de Gazón, en las Asturias de Oviedo, donde los Suárez tenían casa solariega y, posteriormente a la fecha citada, en 1515, ganada carta de hidalguía.

Los miembros de las primeras generaciones segovianas vivieron en la ciudad dedicados al obrage y venta de lanas, como descendientes de aquellos otros mercaderes que, años atrás, arribaron a ella para engrosar las filas de nuestros ricos laneros, verdaderos responsables del esplendor industrial del Segovia de aquellos siglos, ya que con sus transacciones y ganados contribuyeron al sostenimiento de las fábricas de paños.

Casi un siglo después de la implantación del linaje en nuestra ciudad, dos de los descendientes de Pedro de la Concha, nacidos en ella: Sebastián Suárez, acaudalado mercader como sus antecesores y don Cristóbal Suárez de la Concha valiente capitán que tomó parte en Lepanto al mando de la galera San Francisco, transformado en pacífico y sesudo regidor, cuyos padres fueron Antonio Suárez y doña Beatriz Velázquez, señora noble de Olmedo, fundaron sendos mayorazgos y con ellos un nuevo linaje netamente segoviano, adoptando para él el apellido de Suárez o, por mejor decir, el compuesto de Suárez de la Concha, cuyo uso quedó obligado para los continuadores de los vínculos.

Hombres emprendedores, ostentosos y acaudalados, los Suárez de la Concha rápidamente alcanzaron cargos en el regimiento de la ciudad, puestos en la Junta de los Nobles



Linajes y en la nobilísima Cofradía del Moyo, sita, en anteriores siglos, en la iglesia de San Martín, formada tan solo por diez y seis caballeros escogidos entre los más hidalgos de Segovia, entroncando con familias de abolengo en ella. La segoviana doña Ana de Arreo y Vivero casó con don Cristobal; doña María Alonso de Medina o del Corral, según quieren otros, noble señora originaria de Cantabrana en el Arzobispado de Burgos, tierra próxima a la nuestra, lo hizo con su hermano Sebastián.

Cristobal de la Concha Suárez, natural de la Montaña, de donde "vino nascido" a Segovia, era hijo del matrimonio fundador de la Casa segoviana y casó en Medina del Campo con doña María Barrientos, sobrina del obispo don Lópe de Barrientos; muriendo en nuestra ciudad en 1525 siendo enterrado en la iglesia de San Martín, como feligrés que era de ella. Hijos del matrimonio fueron, entre otros, don Antonio y don Cristobal, de ellos, para nuestro propósito, seguiremos la línea de don Antonio por ser el progenitor de los marqueses de Lozoya, siendolo don Cristobal de los de la Fresneda. Don Antonio Suárez de la Concha y Barrientos, fue hijo primogénito de Cristobal Suárez, casó, como ya dijimos, con doña Beatriz Velázquez y murió en Segovia, ciudad donde había nacido, en 1529; mandandose enterrar en Santa Cruz la Real.

Años después de la muerte de don Antonio, sus descendientes realizaron la compra de un lugar sagrado que sirviera de enterramiento a los miembros del linaje, adquiriendo dos capillas, que son "la una del Señor San Pedro Mártir que alinda con la Mayor y la otra la que está seguida de ella nominada del Santo Crucifijo" y ambas situadas al lado de la Epístola en la iglesia del monasterio dominicano de la Santa Cruz la Real de Segovia. Para el pago de las capillas se obligaron los compradores a dejar dotadas dos capellanías perpetuas de nueve misas semanales y 25.000 maravedis de renta para siempre al año.

Las dos capillas se reformaron hasta el punto de constituir una sola, con arreglo a las trazas del arquitecto Pedro de Brizuela y las manos del maestro de cantería Pedro García Sainz, debiendo estar terminada la obra para el día de carnestolendas del año 1600, por la que se habían de dar 15.000 reales que valen 510.000 maravedis.

Sucedión en la Casa don Sebastián Suárez de la Concha, Señor de Lagunilla y Regidor de Segovia, muriendo en esta ciudad en 30 de enero de 1588. Su hijo don Antonio Suárez de la Concha y Alonso fué Regidor, como lo había sido su padre y Procurador en las Cortes por la

dicha ciudad “desde 16 días del mes de diciembre del año pasado de 1598 hasta que se disolvieron a fin de enero del 1601”.

Testó don Antonio primeramente en Madrid, siendo Procurador en las Cortes en 18 de diciembre de 1599. En esta época ya estaba casado con doña Beatriz de Saavedra o del Campo, así aparece indistintamente, hija de Pedro del Campo el viejo, natural de Segovia y de doña Juana de Saavedra, natural de la Puebla de Montalbán, su segunda mujer, ya que el primer matrimonio lo había realizado con la Ilustre señora doña Francisca de Montalvo, hija de los Ilustres señores Garcirodríguez de Montalvo, vecino y Regidor de la villa de Medina del Campo, y doña María de Bracamonte su mujer, en 23 de febrero de 1577. Doña Beatriz, vino al matrimonio con don Antonio Suárez de la Concha, siendo viuda de Manuel de Barros y ya madre de doña Antonia de Barros niña que, andando el tiempo, sería mujer de su hijastro don Sebastián Suárez de la Concha y Montalvo. De este segundo matrimonio de don Antonio, no hubo sucesión. Testó por segunda vez en Segovia dejando de existir en 12 de febrero de 1626, a la avanzada edad de ochenta y cuatro años.

Continuó la línea don Sebastián Suárez de la Concha y Montalvo, Señor de Lozoya y Escribano Mayor de la Real Casa de la Moneda, nacido en Segovia y bautizado en ella de manos de Hernando de Saravia, párroco de San Martín, en 8 de noviembre de 1580. Casó por primera vez, en 1601, con doña Antonia de Barros, bautizada en la citada parroquia en 6 de noviembre de 1582, hija de Manuel de Barros y de doña Beatriz de Saavedra o del Campo, su hermanastra; el segundo matrimonio lo realizó en 1631 con doña Antonia de Pantoja y Contreras, viuda que era de don Martín de Xauregui, caballero venticuatro de Sevilla.

A los pocos años de matrimonio, en 30 de mayo de 1606, doña Antonia de Barros se retiró al monasterio de Santa Isabel y en él otorgó una escritura de poder en presencia del Corregidor don Vicente Millán y ante el escribano Juan de Barrón, a favor de Cristobal de Peñaranda, procurador de causas “para poner pleito de divorcio al dicho don Sebastián Suárez su marido para que se separe del matrimonio”.

Murió don Sebastián en 6 de enero de 1645, no sin antes otorgar testamento en el que dejaba por herederos a don Antonio Suárez de la Concha y Montalvo y a don Gutiérrez de la Concha y Contreras, sus hijos, mandando fuera enterrado en Santa Cruz en la capilla de San Pedro. Casi

un año antes había fallecido su segunda mujer doña Antonia de Pantoxa y Contreras que, al igual que su marido, fué enterrada en Santa Cruz.

Don Antonio Suárez de la Concha y Montalvo —que sigue—, Señor de la villa de Lozoya y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición en Segovia, nació en ella en 7 de noviembre de 1603, siendo bautizado en San Martín por el párroco Saravia. Casó en la iglesia de San Facundo en 29 de junio de 1627, con doña Francisca de Peñalosa y Contreras, hija de don Antonio de Peñalosa Machuca y de doña María de Peñalosa y Coalla. Había sido bautizada en la iglesia de San Román en 4 de noviembre de 1611.

Doña Antonia Suárez de la Concha y Peñalosa, —hija de los anteriores— Señora de la Villa de Lozoya, feligresa de San Facundo, casó en la iglesia de San Juan en 20 de agosto de 1647 con don Juan de Contreras Jirón, hijo de don Luis de Contreras Jirón, caballero de Alcántara y de doña Juana Acuña. Don Juan de Contreras, fué Caballero de Calatrava y Señor de Santa Cruz, Castillejo y Torres Reinoso.

Testó doña Antonia en 13 de diciembre de 1659 y en el documento declara que de su matrimonio con don Juan de Contreras tuvieron por “hijos que viven a don Luis de Contreras Girón que es el mayor varón y tendrá once años, a don Pedro de diez y a don Juan que tendrá dos años, doña Juana de nueve y doña Francisca de ocho”. Nombra sucesor de su Casa y Mayorazgos a su hijo don Luis el cual tomó posesión del vínculo en 9 de marzo de 1678, fecha de la muerte de su madre.

Es curioso conocer que el testamento anterior está hecho en la grada del convento de San José de Segovia, con objeto de la profesión religiosa de doña Antonia, donde se recluyó a raíz de la muerte de su marido, nombrándose en su nuevo estado de carmelita, Hermana Antonia de la Madre de Dios.

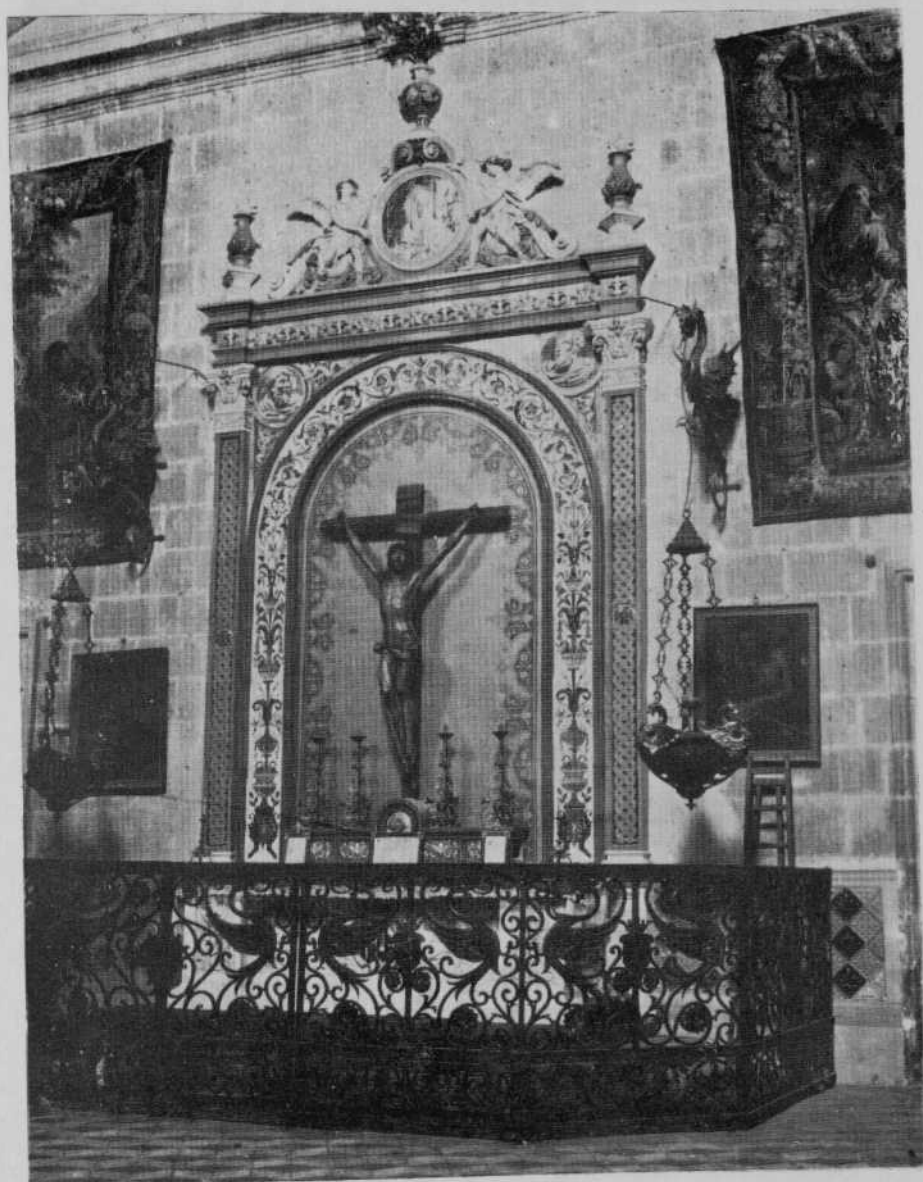
Terminada en hembra la rama primogénita de los Suárez de la Concha, siguió la línea, por entronque con ella, Don Luis de Contreras y Suárez de la Concha como hijo que era de don Juan de Contreras Girón y de doña Antonia Suárez de la Concha. Nacido en Segovia en 5 de febrero de 1648, fué bautizado en la parroquia de San Sebastián y celebró matrimonio, en 17 de agosto de 1671, con doña María de Tapia y Contreras, hija legítima de don Francisco Serrano de Tapia y Losa y doña Eugenia de



Contreras y Girón. Se celebró la boda en el “convento de las carmelitas descalzas”, donde residía su madre como religiosa de la orden.

En 4 de mayo de 1680 murió en la parroquia de San Martín, y se mandó enterrar en la capilla mayor de la de San Juan, don Luis de Contreras Caballero de la Orden de Calatrava, Regidor que fue de Segovia, Señor de la villa de Lozoya y otros estados. La católica magestad del Rey Don Carlos II, en 29 de marzo de 1686 según el Real Despacho de 26 de junio del mismo año, le concedió el título de Castilla de Marqués de Lozoya, con el Vizcondado previo de Santa Cruz de Castillejo.

Sería alargar demasiado este trabajo, si hicieramos un estudio biográfico de cada uno de los marqueses de Lozoya hasta llegar a la figura del marqués actual, diremos, sin embargo, que la sucesión ha seguido la línea siguiente:





II Marqués — Don Juan de Contreras y Tapia, nacido en nuestra ciudad en 1675. Contrajo matrimonio con doña Francisca Ortega-Lara y Chacón.

Pese a lo dicho permitaseme un pequeño inciso para consignar que durante el marquesado de don Juan de Contreras y Tapia, la familia, que habitaba el caserón de la calle de la Almuzara, se trasladó a la casa torreada de la plaza de San Martín, conocida hoy con el nombre de torreón de Lozoya. Magnífico palacio de tipo cívico-militar

que desde su construcción, allá en los intranquilos tiempos del medievo, pasó por diferentes posesiones; en el siglo XVI, en el reinado de Felipe II, la adquirió su secretario don Jerónimo de Eraso y su hijo don Francisco, conde de Humanes, le vendió a don Juan Alonso de Aguilar y de la Cerda, de cuyo linaje pasó a principios del siglo XVIII, al segundo marqués de Lozoya.

Durante la posesión del secretario Eraso se hicieron grandes obras de adaptación en el palacio, construyendo dos patios con magníficas galerías renacentistas y suntuosos salones. En la capilla de la mansión se veneraba una talla atribuida al escultor portugués Manuel Pereira, hoy en nuestra catedral, conocida con el nombre de Cristo de Lozoya.

III Marqués.—Don Luis Domingo de Contreras y Ortega-Lara, nación en Segovia el año 1711 y casó con doña María Luisa de Peralta y Cassina.

IV Marqués.—Don Luis de Contreras y Peralta, nacido en la tan repetida ciudad de Segovia en 1741. Casó con doña Juana de Escobar y Torres Herrera.

V Marqués.—Don Luis Domingo de Contreras Girón y Escobar, nacido en Segovia en 1779. Casó con doña María Dolores de Mencos y Eslava.

VI Marqués.—Don Domingo de Contreras Girón y Mencos, nacido en Segovia. Casó tres veces, el primer matrimonio lo realizó con doña Teresa Vega y Contreras, el segundo con doña Jacoba Bayón, y el tercero con doña Asunción Mascaró y del Hierro. Ninguno de los matrimonios tuvo sucesión.

VII Marqués.—Don Luis de Contreras y Tomé, sobrino del anterior. Nacido en Segovia y fué hijo de don Luis de Contreras Girón y Mencos y de doña María de la Trinidad Tomé y San Román. Casó con doña Ramona López de Ayala y del Hierro, de la Casa de los Condes de Cedillo.

VIII Marqués.—Don Luis de Contreras y López de Ayala, nacido en Segovia. Falleció soltero.

IX Marqués.—Don Juan de Contreras y López de Ayala, Tomé y del Hierro. IX Marqués de Lozoya, título que heredó a la muerte de su hermano don Luis en 1918, grande de España, Doctor en Derecho y Filosofía y Letras, Catedrático de Historia de América en la Universidad de Madrid y de la autónoma de Navarra —en la actualidad jubilado en ambas—, Académico de número de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernan-

do, Director de la Real Academia Española de Bellas Artes de Roma, y de la de Historia y Arte de San Quirce de Segovia, del Instituto Diego de Colmenares y Cronista de la dicha ciudad; Ex-Presidente del Consejo Superior de Investigaciones científicas y del Instituto de España, Ex-Director General de Bellas Artes.

Socio de número de la Hispanic Society de Nueva York, correspondiente de las Academias de Argentina, Cuba, Nicaragua y Portugal; del Instituto de Coimbra y del Arqueológico de Berlín. Escritor, gran viajero a escala mundial y conferenciante en las cinco partes del mundo.

Caballero de la Orden de Santiago, con pruebas aprobadas en 30 de julio de 1915, en cuya Orden Militar de Caballería profesó en el año 1921, desempeñando actualmente la dignidad de Trece de la misma Orden. Teniente de Hermano Mayor de la Real Hermandad de Nuestra Señora de la Caridad de la villa de Illescas, y dignidad de Seis en ella, con antigüedad de 5 de septiembre de 1926.

Caballero Gran Cruz de Isabel la Católica, del Cristo de Portugal y del Mérito del Ecuador. Gran Oficial del Sol del Perú. Comendador de la Legión de Honor y, con Placa de la de Alfonso X el Sabio. Cruz 1ª Clase del Aguila Alemana, ...

Hijo de don Luis de Contreras y Tomé Mencos y San Román, VII marqués de Lozoya y de doña Ramona López de Ayala y del Hierro, nacido en la ciudad de Segovia el 30 de junio de 1893, contrajo matrimonio con doña Constanza López de Ayala y Morenes, del Hierro y García-Alessón, IIIª marquesa de Villanueva del Castillo, IIª Baronesa de Hermoro, de cuyo matrimonio nacieron dos hijas, en la actualidad casadas, doña Dominica y doña Angelina.

Este es el hombre al que el Centro Segoviano de Madrid dedica su justo homenaje, con motivo de haberle sido concedido el título de Grande España. Y si justo es el homenaje, justo ha de parecer el reconocimiento que de él se hace en el Real Decreto de concesión, cuando dice: "La fecunda vida entregada generosamente al estudio, la investigación y la enseñanza en amplísima panorámica que comprende desde el Arte a la Literatura, pasando por la Historia en una incansable labor de exaltación del patrimonio cultural de España..."

Terminado en hembra el linaje de Contreras —al igual que el de Suarez de la Concha— es posible que desde éste momento el apellido de los Contreras segovianos no vuelva a aparecer consignado en los anales de la ciudad y, de

acuerdo con las ideas de gran parte de la juventud actual, al cabo de dos ó tres generaciones, se recuerde unicamente como algo que ya pasó, pero sin importancia alguna. ¡Y será una pena!

EN LA EXALTACION DE UN MARQUES EXCEPCIONAL

N del E. Al solicitar del eminente orador y Catedrático de Literatura Hispano Americana, Don Luis Morales Oliver unas cuartillas de colaboración para éste libro, nos contestó con esa amabilidad y simpatía que le caracteriza: "Pero amigo mio, si yo no sé escribir; yo solo sé hablar, pero como quiero mucho a Lozoya, le enviaré a V. una carta."

Y he aquí la que hemos recibido. Carta emotiva, perfumada de afecto, que hay que leer muy en silencio, como si escuchásemos la palabra del gran orador.

*Sr. D.
Gerardo Martín Sacristán
Centro Segoviano.
MADRID*

Mi distinguido amigo:

Deseoso de colaborar con Vds. en la generosa y justa causa, para mí esencial y gozosa, de ensalzar al Marqués de Lozoya, mi entrañable amigo, y ante la imposibilidad de hacerlo en un estudio, por falta del tiempo necesario, he optado por dirigirle esta carta en la que de algún modo, aunque sea sintéticamente, brotará algo de lo que llevo en mi alma. Es ésta para mí una empresa rebosante de luz. Desde que le conocí a Juan de Contreras en la "Universidad" hasta hoy mi admiración ha ido creciendo de día en día. Es el Marqués una figura única. Recuerdo aquellos años en que estudiábamos. Su limpieza de alma, su alegría irradiante, su placidez de espíritu nos inundaba a todos con sus aguas fecundas. Tengo ante mis ojos aquella dedicatoria de sus "Sonetos espirituales", en 1918. Son como un remanso de paz. ¿No es esto de lo que se desprende de su soneto franciscano dedicado al agua? Oigámoslo:

*Agua: casta y alegre creatura,
hermana del de Asís; agua serena
de los quietos remansos; agua buena
que en los arroyos límpidos murmura.*

*Agua salobre, que en la gran llanura
del mar, reza la eterna cantinela;
agua ciega, dormida, la que llena
del frío aljibe la oquedad oscura.*

*El agua es voz que llama suavemente;
la plácida canción de la corriente
sosiega el alma, y a soñar convida.*

*¡Voz de la fuente que en mi huerto mana!
¡Háblame quedo, con piedad de hermana,
hasta adormir la pena de mi vida!*

¿No hay a veces como un suave y penetrante misticismo en aquel otro inefable poema que nos embelesa con su aroma y cuya primera estrofa nos prepara ya el camino:

*Yo he sentido, Señor, tu voz amante,
en el misterio de las noches bellas,
y en el suave temblor de las estrellas
la armonía gocé de tu semblante.*

*No me llegó tu acento amenazante
entre el fragor de truenos y centellas;
¡al ánima llamaron tus querellas
como el tenue vagido de un infante!*

*¿Por qué no obedecí cuando le oía?
¿Quién me hizo abandonar tu franca vía
y hundirme en las tinieblas del vacío?*

*Haz mi dulce Señor, que en la serena
noche, vuelva a escuchar tu cantinela;
¡ya no seré cobarda, Padre mío!*

El hondo misterio y la unción religiosa de tales versos acompañan a la perfección a otro de los aspectos de la poesía del Marqués de Lozoya. Es lo que leemos. Tal es la nobleza. Bien lo corroboran aquellos versos dedicados a la memoria de su padrino, el conde de Chestre, que empiezan de un modo reverencial:

*Yo conocí a un anciano, tan anciano,
que en los profundos surcos de su frente
vislumbrábase un siglo, y en la ingente
barba, y en el cabello undoso y cano.*

Y cuando por su mente pasa, como en sus "Poemas castellanos", la imagen de un rey de Castilla, su inspiración se hace rotunda y se reviste de una fuerza como lo demuestran los últimos versos de su retrato, en que le oímos decir:

*Yo vos le pintaría como un gran sembrador
que ha sembrado los yermos en todo su redor
con villas y lugares y templos del Señor.*

Con la misma fuerza transita por los puntos de su pluma los recuerdos dedicados en un rondel al "Caminito de Santiago", propios de un caballero, como él, que ostenta la nobleza de su orden y que le obligan a escribir diciendo:

*¡Caminito de Santiago!
¡Sendero claro de estrellas,
que enseñas a los romeros
la vía de Compostela!*

Una faceta más de su pensamiento y de su amor a la tierra castellana se desprende de aquellos libros y de aquellas poesías en las que su segovianismo se exhalta. Dígalo su novela titulada "El regidor". Díganlo sus estudios referentes a la artesanía de Segovia. Díganlo algunos de sus poemas dedicados a cantar las tierras altas. Díganlo hasta su anecdótico, en el que Segovia rezuma una luminosidad casi abismal.

Pero no es esto sólo. La laboriosidad inigualada de mi fraterno amigo reluce a través de sus libros de arte, de sus conferencias, profundas y deliciosas al mismo tiempo, de su labor imperecedera en el Patrimonio Nacional, de su "Historia de España", escrita en un estilo de un claridad fulgurante y además reluce también en su carácter. ¿Quién podrá describir la gracia, la sencillez irradiante, la euforia llena de optimismo de mi gran amigo? Su conversación es una enseñanza continua, su vida es un ejemplo permanente, su inocencia pudiéramos decir que tiene algo, o mucho de la claridad que irradia de las almas que saben escuchar humildemente, benévolamente, la voz de Dios. ¡Que delicia la de escuchar sus palabras, que nos invitan, solo con su presencia, a ser más buenos. Aún sigue viviente sobre la tierra para felicidad nuestra el paso de los amigos que saben mirar el resplandor de los cielos.

Creo que estas líneas, en su brevedad, habrán servido para reflejar nada más un poco, algunos de los grandes valores de Juan de Contreras, Marqués excepcional.

Reciba el más afectuoso saludo de su amigo,

Luis Morales Oliver

LA POESIA DEL MARQUES DE LOZOYA



*Notas para su estudio**

*Por José Montero Padilla,
de la Academia de Historia y
Arte de San Quirce de
Segovia*

Versos olvidados

“Versos olvidados de todos y aun de mí mismo”, afirma el Marqués de Lozoya (1). Efectivamente, así es, y en la muy extensa y diversa producción de su autor constituyen un aspecto apenas recordado. Como tampoco se suelen recordar sus novelas, *El Regidor* (2) y *La alquería de los cipreses* (3), de excelente factura y gratisimas de leer.

Y, sin embargo, estos versos, escritos en su mayoría de 1910 a 1935, poseen importancia e interés singulares, y, de alguna manera, trascienden a toda la obra de su autor. Por ello, sin duda, ha podido afirmar José María Pemán que, “en el fondo de la tarea universitaria de Juan Lozoya están siempre los versos de su juventud” (4). A este respecto corrobora el propio Marqués de Lozoya: “Si mis libros de Historia y de Historia del Arte han alcanzado alguna notoriedad es porque, bajo su intento de rigor científico persevera en ellos el espíritu de los romances que encendían mi alma de entusiasmos y fervores en mis remotas jornadas de estudiante” (5).

Poeta precoz

El mismo poeta ha evocado la ocasión y circunstancias de su primer poema, en cuartetos, escrito hacia 1900 o 1901, niño aún pues, y dedicado a una niña bellísima, huérfana y enlutada...

¿Cómo sería este balbuceo inicial? No parece fuera de sentido suponer su lirismo ingenuo y sentimental, su estilo romántico... “...mi ensayo —comenta el autor—, ciertamente poco afortunado, me valió una rechifla que aumentó por mucho tiempo mi timidez nativa” (6).

Pronto surgen nuevos versos, que son testimonio de la precocidad del todavía aprendiz de poeta, mientras éste

cursa los estudios de bachillerato. Dos de sus profesores en el Instituto de Segovia, don Lope de la Calle y don Salvador Núñez, cuando conocen los poemas les dedican elogiosas palabras. En estos primeros años del siglo nace la amistad de Juan de Contreras con otros muchachos de su edad que cultivan también las letras: Juan José Llovet, Julián María Otero, Mariano Quintanilla, Luis Martín García-Marcos,... A todos ellos, compañeros de paseos y de ilusiones poéticas y juveniles, se les llama entonces, en la Ciudad, "el bando de los poetas"...

Llega así el momento de la primera publicación, unos sonetos, en la "Página Literaria" del diario "El Adelantado de Segovia". Dirigía entonces esa Página, y lo haría durante bastantes años, el periodista y poeta segoviano José Rodao (7), quien hacía breves comentarios a los textos que se le enviaban para publicar. A los sonetos del futuro Marqués de Lozoya dedicó estas palabras: "Los sonetos se Literaria", lamentablemente desaparecida desde hace ya varios años, publicaron también sus primeros escritos y se dieron a conocer Juan José Llovet, José Rincón Lazcano, Mariano Quintanilla,...

Los primeros libros y el Premio Fastenrath

En 1913, realizado en la imprenta segoviana de Antonio San Martín, con un dibujo en la portada de Manuel Martí Alonso, aparece el primer libro de versos de Juan de Contreras: *Poemas arcaicos*. En él se dan ya algunos rasgos que han de permanecer, característicos, en la poesía del autor: sentido evocador, emoción histórica, cuidado formal... Dos años más tarde publica *Poema de añoranzas*, con título revelador del espíritu nostálgico que impregna a este nuevo libro (8).

Sigue, en 1917, *Sonetos espirituales* (9), nuevo volumen de versos, coincidente en el título y en la fecha con otro de Juán Ramón Jiménez, que ofrece testimonio de religiosidad acendrada y profundamente sentida, expresada en sonetos de admirable perfección formal. No es difícil percibir el recuerdo de Fray Luis de León en estos versos cargados de anhelos espirituales, de añoranzas del Bien más alto y puro ...:

*¡Clara noche estival! El firmamento
tan cerca brilla, que sus gemas de oro
parecen enredarse en el sonoro
follaje del pobar, que mueve el viento.*

*Llena los campos, compasado y lento,
de las cigarras el solemne coro....
¡Señor y Padre mío! ¡Oh cuánto añoro
la Eternidad, que tan cercana siento!*

*¡Noche serena, rutilante, santa!,
cuando todo en mi torno brilla o canta,
¿por qué yo he de callar, confuso y triste?*

*Bajo mi pecho, que de amor suspira,
hoy vibra el corazón como una lira...
¡Púlsale Tú, Señor, ya que lo hiciste!.... (10)*

Este libro recibe, en seguida, entusiastas elogios de la crítica. Expresiva muestra de tal actitud dan las siguientes palabras, del crítico e historiador de la literatura Julio Cejador: "Los *Sonetos espirituales* son las mejores poesías místicas compuestas en España mucho tiempo ha, de verdadero misticismo español, sincero, sentido y de exquisita hechura" (11).

A partir de 1918 y durante varios años publica asiduamente poemas en las páginas del periódico "El Debate". Ello contribuye al creciente y cada vez más extendido prestigio del Marqués de Lozoya —que firma ya siempre así sus obras— como poeta. Su nuevo libro, *Poemas castellanos* (12), de 1920, es distinguido por la Real Academia Española de la Lengua con el Premio Fastenrath. La notoriedad del poeta es máxima en estos momentos, y unánimes las alabanzas de los críticos y comentaristas de poesía. Representativo ejemplo de ello encontramos, también, en Cejador:

"Juan de Contreras y López de Ayala [.....], es hoy el poeta más chapado a la antigua española, sin oler, con todo eso, a ranciedad añeja o a ñoña imitación. Campea en sus estrofas la varonil gallardía de nuestra noble lengua castellana, con toda la riqueza rítmica de los clásicos, con la opulencia de lenguaje y soltura de construcción de muchos antiguos escritores. Buena lección para los extranjerizos modernistas. Suena esta poesía a popular, por lo hondamente que arraiga en el espíritu castellano. Es Juan de Contreras segura esperanza de restauración de la épica castellana, que canta viejas leyendas, históricos sucesos y cuanto del espíritu de la vieja España se transparenta en los desmoronados muros, cuarteados palacios y ruinas evocadoras de todo género sembradas por el suelo de la patria" (13).

Más libros de versos

En 1924 el Marqués de Lozoya publica un nuevo volumen de versos: *Romances del llano* (14). El libro mantiene, en sus motivos, estilo y preferencias, la trayectoria poética de los anteriores: gusto evocador, fina sensibilidad para percibir —y transmitir— la emoción de la historia, aliento épico, amor a Castilla y a sus viejas ciudades como Segovia, reelaboración de viejos temas tradicionales, sentimiento religioso profundo,...

Si los rasgos anteriores son los más constantes en estos poemas, síntomas de cierta inquietud y crisis humana, social incluso, parecen percibirse en el titulado "Noche en las eras" (con recuerdo, acaso, de Gabriel y Galán):

.....
*Bajo el cielo rutilante, que hablaba de eternidad,
por nuestras hondas miserias sentí una inmensa piedad;
recordaba mis ensueños, marchitados siempre en flor;
mis anhelos de ser útil, mis ansias de ser mejor;
y lloré sobre mi vida; ... (15)*

Interés indudable posee asimismo el poema "La Galana" por su originalidad en el tratamiento del género de las antiguas Serranillas, donde aparece el caballero sincera y profundamente enamorado de la pastora (16).

En 1925 ve la luz la segunda edición de los *Sonetos espirituales* y, poco después, un libro más de poesía: *Cantar de las tierras altas* (17). A su frente figura un soneto del poeta valenciano Juan Lacomba dedicado al autor y con certeras consideraciones sobre el carácter de su poesía:

*Oro del sol de tarde y serena quietud
—serenidad de viejas ciudades castellanas—
tienen todos tus versos, donde la juventud
estalla humildemente en voces franciscanas.
Te hizo el siglo poeta, Marqués, y la hidalguía
puso en todos tus versos un hidalgo sabor...
Marqués, por eso sabe toda tu poesía
a antigua gesta heroica o a místico fervor.
Marqués, humildemente, con esa humildad tuya,
de este verso sincero una alabanza fluya;
sea como una rosa esta ofrenda cordial;
una rosa de otoño, una rosa tardía,
que perfume, un instante toda tu poesía,
serenamente humana, tibia y sentimental. (18)*

El poeta canta ahora a la Castilla pobre y agotada, al labrador de sus tierras miserables y bellas (véase, por ejemplo, la composición "Cantar de las tierras altas"). Y una sugestión machadiana se proyecta sobre algunos de sus versos:

*El viento gime: en la sierra
no hay lomas tan desoladas
como las del valle angosto
que el río Pirón socava.
Es en la sierra desnuda
que yergue sus cimas calvas,
donde los hoscos jabinos
ponen manchas azuladas.
..... (19)*

La crisis espiritual anunciada en versos de *Romances del llano* ofrece nuevos y más concretos testimonios de desnuda sinceridad:

*Yo quise hacer mi estancia sobre el haz de la tierra
en mi ciudad antigua, la de las torres de oro,
y al resguardo del muro que mis moradas cierra,
de cosas familiares reuní mi tesoro.
[.....]
En mis cosas pequeñas puse todo mi amor.
Gusté tranquilamente la suave miel de Horacio
y olvidé que en mi torno palpitaba el dolor
..... (20)*

Tras de *Cantar de las tierras altas* transcurren varios años hasta la publicación de *Los Caminos y los días*, último libro de poesía —por ahora— del Marqués de Lozoya (21). Lo inician dos poemas al autor, originales de Luis Martín García-Marcos y de Francisco Martín y Gómez. Acaso el aspecto más significativo de esta obra radique en la continuidad, en ella, de la temática castellana y —más específicamente— segoviana: el poeta proclama, una vez más, su amor a la Ciudad donde ha nacido, y ello queda ya anunciado, y simbolizado, en el título a manera de dedicatoria de la primera composición: "Del autor a la ciudad de Segovia, su patria" (22).

Después... el alejamiento de la creación poética se va haciendo casi definitivo (23): sólo escribe algunas poesías durante los años (de 1953 a 1957) de residencia en Roma, y, excepcionalmente, y con carácter absolutamente íntimo, en ocasiones y acontecimientos familiares (24).

Poética
Admiraciones

La poesía del Marqués de Lozoya —singularmente toda la publicada hasta 1920— corresponde a los años que siguieron a los de plenitud del Modernismo. Si de este movimiento aprovecha y refleja —no podía por menos de ser así— su perfeccionismo formal, su riqueza de metros y de ritmos, ello lo hace siempre de manera contenida, diríamos austera. También, en parte, entronca, con el Romanticismo (“¿Quién que es —había interrogado, retóricamente, Rubén Darío— no es romántico?”). Pero, sobre todo, cabe encuadrarla junto a la de otros poetas, muchos y muy diversos en su importancia, sus estilos y su significación, modernistas, noventa y ochistas, novecentistas,... que, desde el comienzo del siglo actual tuvieron a Castilla como tema insistente de sus versos y a los que, en cierta manera, cabe denominar “descubridores” de esa Región: Carlos Fernández Shaw, José María Gabriel y Galán, los hermanos Machado, Enrique de Mesa, Francisco Villaespesa, Eduardo Marquina, Ricardo León, Cristóbal de Castro, Juan José Llovet, Luis Fernández Ardavín,... (25). Sobre algunos de ellos —sobre Antonio Machado especialmente— ha declarado nuestro poeta su admiración (26).

¿Cuál es el concepto de poesía que tiene el Marqués de Lozoya? Nos lo indica con precisa concisión: “La expresión de la belleza del mundo exterior y de la emoción del mundo interior en un lenguaje musical” (27).

Alejado voluntariamente, desde hace años, de la creación poética, suele el mismo Marqués de Lozoya aplicarse la denominación de “poeta jubilado”, y recuerda, con gustosa nostalgia, sus versos de otros tiempos. No nos preguntamos ahora —sí lamentemos— sobre las causas de este alejamiento. Tanto más cuando entre sus poemas encontramos, tantas veces, el que revela a un poeta auténtico de nuestros días: valga la reproducción de uno de ellos para cerrar estas notas, introductorias a un estudio más extenso:

*Hermano mío, ¿lo recuerdas?, era
cerca del mar. La noche descendía
y, oteando la vaga lejanía,
fingíamos paisajes de quimera.
Hablábamos despacio; en la escollera
con manso ritmo el agua se rompía,
y el campo de los cielos encendía
las flores de su eterna primavera.*

*Sobre la enhiesta roca, sin testigo,
hablamos largamente del anhelo
de eternidad, que en nuestras almas arde.*

*A solas con el mar y con el cielo,
yo sentí que Jesús, el Buen Amigo,
estaba con los dos aquella tarde.*

* Quiero dejar constancia de mi sincera gratitud a don Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, por la paciente y amable generosidad con que ha atendido a todas mis preguntas y consultas. Mis gracias más sinceras, asimismo, a don Luis Felipe de Peñalosa y Contreras por las facilidades que me ha dado para el manejo de los libros de versos del Marqués de Lozoya, de muy difícil hallazgo algunos de ellos en la actualidad.

(1) Prólogo a la Antología de Poemas del Marqués de Lozoya que, por iniciativa de la Asociación de Amigos de Segovia, aparecerá próximamente. Agradezco, de nuevo, a su autor, que me haya permitido la consulta del mencionado prólogo en prueba de imprenta.

(2) *El Regidor*. Novela de tierras de Segovia. Editorial Voluntad. Madrid, s.a. (1924?).

(3) *La alquería de los cipreses*. Valencia, 1931.

(4) Palabras de salutación con motivo de una serie de conferencias sobre Historia del Arte dada por el Marqués de Lozoya en la Academia Hispano-Americana de Cádiz.

(5) En el Prólogo inédito citado.

(6) Prólogo citado.

(7) Vid., sobre este escritor: José Montero Padilla: *José Rodao: Antología de sus versos, precedida de una semblanza literaria, por...* Segovia, 1966.

(8) Impreso, asimismo, en Segovia, en la imprenta de Antonio San Martín.

(9) *Sonetos espirituales*. Segovia, 1917, imprenta de Antonio San Martín. Una nueva edición, sin indicación de fecha [1925] aparece más tarde en Madrid, en la Editorial Voluntad: *Sonetos espirituales. Compuestos en la ciudad de Segovia, por...*

(10) *Sonetos espirituales. Compuestos en la ciudad de Segovia por...* Madrid, Edit. Voluntad, s.a. [1925], págs. 11-12.

(11) Julio Cejador y Frauca: *Historia de la lengua y literatura Castellana*, t. XIII, Madrid, 1920, pág. 179.

(12) En Segovia, por la imprenta de Antonio San Martín.

(13) Julio Cejador y Frauca: Loc. cit., pág. 179.

(14) *Romances del llano y otros poemas*. Compuestos en la ciudad de Segovia por... Talleres tipográficos de la Sociedad de Segovia por... Talleres tipográficos de la Sociedad Anónima Editorial Reus. Madrid, 1924.

(15) *Romances...* ed. cit., pág. 23.

(16) Sobre el tema de las Serranillas y su posible interpretación desde un punto de vista social vid. Vicente Gaos: *El marqués de Santillana*, en *Claves de literatura española*, Madrid, 1971, t.I, págs. 82-83.

(17) *Cantar de las tierras altas y otros poemas*. Compuestos en la Ciudad de Segovia por... Editorial Voluntad, Madrid, s.a. [1926].

(18) *Cantar de...* Ed. cit., pág. 5.

(19) *Cantar de...* Ed. cit., págs. 13-15.

(20) *Cantar de...* Ed. cit., págs. 19-20.

(21) *Los Caminos y los Días*. Poemas. Segovia, imprenta de "El Adelantado de Segovia", 1935.

(22) *Los Caminos y...* Ed. cit.

(23) El libro *Poemas*, Madrid, 1941, es una selección de algunos de los contenidos en los libros anteriores.

(24) Así me lo indica el Marqués de Lozoya en carta suya.

(25) La serie de nombres podría ampliarse considerablemente. Es clara, con relación al aspecto que señalamos, la coincidencia de algunos títulos: Gabriel y Galán, *Castellanas*; Antonio Machado, *Campos de Castilla*; Enrique de Mesa, *Cancionero Castellano*; Juan de Contreras, *Poemas Castellanos*, etc.

(26) En carta al autor de este artículo.

(27) También en carta al autor de este artículo. Sería interesante confrontar la valoración que las palabras reproducidas hacen de lo musical en la poesía con los conceptos de otros poetas al respecto. Así, por ej., Valle Inclán (*La lámpara maravillosa*, 1916). Vid., también: Marqués de Lozoya: *El valor literario del "Cántico Espiritual" de San Juan de la Cruz*. Rev. de Espiritualidad, I, 1941, n° 1, págs. 4-9.

(28) *Sonetos espirituales*. Ed. cit., págs. 39-40.

HUELLAS FEMENINAS, EN LA VIDA DEL MARQUES DE LOZOYA

Por María del Carmen Díaz Garrido

LA MADRE

Quizá fué aquella noche, cuando leyendo un poema del Marqués de Lozoya, nació en mí el deseo ferviente de saber como había sido su madre, y de lo que para el poeta había significado.

El poema bellissimo, hablaba de la leve huella que los muertos dejan, para terminar de esta honda manera.

*“¡Madre del alma, que me amaste tanto
y a la que tanto amé! ¿Cómo, el encanto
apenas, de tu voz, en mí persiste?
A veces me sorprendo ante el espejo
buscando en mis pupilas el reflejo
de la mirada tuya, dulce y triste.”*

Pero mi intuición adivinaba que no era leve la huella que en la vida de don Juan de Contreras había dejado doña Ramona López de Ayala, su madre.

Más tarde, en aquella ocasión en que tuve el honor de ser recibida por el Marqués en su casa, y pude contemplarla gentil y señorial presidiendo su despacho de sabio escritor, y escuchar a éste la tierna manera de presentármela, empecé a darme cuenta de lo que había significado para aquel hijo.

Pero fué la nieta, Dominica, quien en una tarde lluviosa, con voz pausada y dulce, me fué desgranando los recuerdos queridísimos, tantas veces referidos en su presencia, que sin duda alguna confirmaban la devoción profunda y entrañable del Marqués por su madre.

Ramona López de Ayala, llegó desde Toledo al palacio segoviano, con un gran bagaje cultural y una formación exquisita, como correspondía a la descendiente de un linaje ilustre apasionado por las letras, para entroncar con una familia de “grandes cazadores y espantables guerreros”, los Contreras.

La joven, que forzosamente hubo de sentir muchas veces añoranzas intelectuales en un ambiente tan distinto al que se había educado, se volcó en los hijos. Educó a los seis, y con ellos ejerció funciones de maestra en su primera infancia, y aunque a todos inculcara su pasión por el saber, éste floreció esplendoroso en uno de ellos. En Juan, que era el más pequeño, el de contextura más débil, aquejado durante sus primeros años por múltiples dolencias, y quizá porque la presencia materna le era indispensable y porque se parecía a ella en gustos y aficiones, el lazo entre los dos se estrechó de una manera más profunda que en los demás.

Mientras el mayor corría tras el padre aprendiendo las lides de la caza y de la pesca, o se solazaba en el casino con los amigos, el niño asido a la madre, como aquel de la "Alquería de los cipreses", navegaba por mares lejanos, o pedía sus secretos a las ruinas medievales.

De idéntica forma que la madre de su novela, ella fué quien le enseñó quizá "a perderse" con el capitán Cook, por entre las islillas de la Polinesia y a alabar al Creador, con el Barón de Humbolt, cuyas maravillas le revelaban llevándole de la mano, sus buenos amigos Pablo y Virginia y Robinson Crusoe"...

Poco a poco la madre fué echando los cimientos de una sólida formación intelectual y humana. Porque junto con el cultivo de su inteligencia, el testimonio de su vida enseñaba al niño la sublime importancia de darse a los demás por amor a Dios, y la constante búsqueda de la belleza en todo.

Según Dominica, entre su abuela, el obispo de turno, y el creador de la Gota de Leche, Leopoldo Moreno, echaron en Segovia los rudimentos de una auténtica ayuda a los necesitados.

No olvidaría el hijo las caminatas de su madre en busca de pobres a quienes socorrer, o la diligencia en acudir a las cuevas cuando alguna gitana demandaba su ayuda para bien parir. Ramona López de Ayala, acudía a los lugares más sordidos o humildes, con la misma exquisita gracia y sencillez con que pisaba salones nobles y reales. Humilde y generosa hablaba de idéntica manera con la gran señora o con la pobrecilla que pedía limosna. Ejercía la caridad hasta los límites más insospechados, que incluso le llevaron una vez a despojarse en la calle, refugiada en un portálón, de la ropa que llevaba puesta para cubrir a la indigente que, muerta de frío, se le acercara.

La cancela del palacio, siempre abierta a la caridad, permitió que el patio gótico-isabel de su hogar, se poblara de gentes que acudían presurosas en busca de la solícita mano que encontraba remedio para todo.

Por fuerza el hijo tuvo que acordarse de aquella caridad vivida en su niñez, cuando escribía en "El Regidor", "¿hasta cuando, señora Mari-Sánchez vais a persistir en vuestro oficio de asistir a paridas, amadrinar infantes, velar enfermos y a difuntos y consolar malcasados?" "Oh que lengua sería bastante para cantar la virtud y abnegación cristianísima, la solicitud ilimitada, oportuna siempre, siempre discreta, de esta Mari-Sánchez la del Arrabal ¡Madre solían llamarla, y en sus entrañas había para todos tesoros de maternal amor!"

Y era inútil que el esposo a veces protestara de tanto desvelo; éste acababa por ceder, vencido por la caridad de su mujer que socorría a tantos, y que encontraba también solución para las muchas necesidades y problemas que dentro del palacio había.

Porque la fortuna de los Contreras había ido menguando a medida que Segovia perdía su industria pañera, ya que toda su riqueza la formaban la lanas, los inmensos rebaños de ovejas merinas, que hasta Australia enviaban sementales criados en sus ranchos, (a quienes aún hoy se los considera como padres de aquella ganadería)... y Ramona López de Ayala, tenía que sujetar con mano firme la débil economía y hacer a veces auténticos milagros para seguir adelante.

El hijo la recordará sentada ante enormes cestos de ropa blanca, repasando, zurciendo, con el primor de quien hace un bordado, para lograr que la vida de las prendas se prolongara, o que transformadas, pasaran de un miembro de la familia a otro.

Lo que más pasma de esta sorprendente mujer, es que no se limitaba a ejercer la caridad de puertas a fuera, sino que la llevara dentro de su mismo hogar, en el que acogidas a su bondad, vivían cerca de una docena de ancianas que se denominaban sirvientas, aunque no valieran ya para faenas definidas y bien hechas. No tenían adónde ir, y en la Casa de los Lozoya, siempre tendrían calor y amor.

Juan de Contreras, aprendió tan intensamente la lección, que él también a lo largo de su vida, la practicaría de idéntico modo, para muchos incomprensible y más en los tiempos actuales.

El regir un hogar, el educar a los hijos, la entrega a los pobres, no impidió que la gran señora, también pudiera ser modelo de amiga fervorosa. A un caserón cercano al suyo, vino a vivir una mujer singular, la Condesa de Cheste, que había dejado Madrid en busca de paz, comprensión y amor para sus hijos a los que hoy se denominaría minusválidos.

En verdad que supo escoger bien la dama, porque los segovianos les acogieron sin recelos, y los Lozoya se convirtieron en amigos íntimos.

La madre supo enseñar a todos, que a veces la belleza puede estar oculta y florecer esplendorosa en los físicos menos agraciados o disminuidos por los defectos.

La Casa de los Cheste, tendría máxima importancia en la vida del Marqués que quizá encontrara en ella, el inicio de su vocación decidida de poeta y escritor.

A las horas intensas vividas en las faenas compartidas con los pastores en el rancho de Torrecaballeros, a las que transcurrieron en deliciosas veladas poéticas en el palacio de los Cheste, sucedieron otras en las que el joven marqués tuvo que trabajar incansable hasta conseguir la cátedra que le llevaría lejos de la ciudad que tanto amaba.

Y con él, sin abandonarle un momento, la madre, los dos camino de Valencia para empaparse ambos de su luz y colorido.

Debieron ser unas jornadas imborrables las que paseando en carretela o deteniéndose en los huertos y jardines cuajados de flores, pasarían en medio de aquel paisaje tan diferente al de su Castilla añorada.

Juan de Contreras a la sombra de la madre, estudia, escribe, recuerda, y sobre todo sueña, para despertar bruscamente con la muerte de la que tanto ama.

El que acaba de perder "a la mujer de su vida" que sin ningún complejo freudiano como nos dice Dominica, fué su madre, asocia su dolor a otro inmenso que desgarró su corazón de patriota. Y así escribe un canto a la Bandera que acaba de ser arriada, que es lástima no sea más conocido.

Ramona López de Ayala, desde su retrato en el que luce la distinción que le fué otorgada por su enorme labor benéfica, sigue siendo ejemplo y norma en la casa de los Lozoya.

Ramona López de Ayala sigue viviendo en su hijo.

LA ESPOSA

(1) *"Yo te invite a mis bodas, como al mejor amigo; sin tí, no será alegre mi banquete nupcial. Tu paz llene mi casa. Tú, Señor, sé testigo de que doy sin reservas mi corazón leal."*

Se llama Constanza López de Ayala, y según su hija es una persona que nació fuera de su tiempo. Inmadura por la clásica educación que recibían la mayoría de las señoritas de su tiempo, disconforme por lo que sólo le había sido permitido hacer, de exquisita sensibilidad y gran amor a la música, ella es la compañera de jornadas familiares, es la niña, su prima hermana que en un cuadro delicioso, vestida de terciopelo con cuello de blonda, sostiene en la mano una paloma. Quizá el Marqués la soñara así, "con el óvalo perfecto en la cara un poco alargada, los bucles castaños, las cejas finas y la boca bien dibujada."

Constanza llevará a la vida del hombre maduro, la alegría de dos niñas, y el dolor de que quizá por dárselas, ella enferme y la familia sepa de horas amargas y largos tratamientos que requieren dolorosas separaciones.

En las épocas en que Constanza mejora, es la compañera ideal, viajera incansable, que sabe poner ilusión y sorpresa en lo desconocido. Espíritu inquieto, amante de aventuras, excursionista audaz, que no se asusta por nada. Le aburre lo cotidiano, y aún hoy al sentirse sana y liberada del peso de las hijas mayores, ya casadas, es capaz de pertenecer a un club juvenil musical, y junto con su marido prestar ayuda a los soñadores y a los necesitados.

LAS HIJAS

(1) *¡No hay fiesta en la tierra tan triunfal y alegre como aquella fiesta de mi corazón!
El mundo era bueno y el mundo era bello
la vida, una gloria y un cielo el amor."*

Es hermoso oír lo que una de ellas, Dominica, cuenta del padre. Relucen sus ojos al explicarme como de pequeñas, por la enfermedad de la madre, encontraron refugio en él. De su ansia de que llegaran los sábados y domingos, en dónde agarradas de su mano asistían a teatros o cines, perdiéndose también en paseos interminables en dónde el Marqués les relataba la Historia de España de manera sencilla y bellísima, inculcándolas así el afán de aprender.

Nunca le agradecerán bastante su manera de educarlas. El hombre que tanto se exige, el que no puede escribir sus memorias, porque le pondrían en el grave aprieto de decir toda la verdad, y eso vá contra su natural bondad porque podría perjudicar a alguien, es liberal para todos los demás. A sus hijas las ha enseñado bien, les ha dado testimonio de vida, y confiado en esto les dió siempre libertad para actuar y escoger así sus propios horarios y amistades.

Las hijas son testigos de que la siembra de la abuela Ramona, sigue dando cosecha. De que la cancela sigue abierta para todos, en las casas del Marqués de Madrid y Segovia, para los que acuden en busca de auxilio.

Las hijas piensan que su padre es feliz en medio de esa vida repleta de trabajo que lleva, y se asombran de su inmensa capacidad de concentración que le hace ser capaz de estudiar y escribir, en medio de alborotos e intromisiones.

A veces sienten celos de todo eso que no les deja más tiempo para disfrutar de su compañía, y también "hacen que se enfadan" porque la casa haya perdido intimidad en aras de la caridad que se sigue ejerciendo en ella, tan a la antigua, en dónde se dá sin más, sin averiguar, "porque puede ser que entre varios que no lo necesitan haya uno que de verdad esté en aprietos, y entonces vale la pena arriesgarse."

Las hijas le adoran.

LAS NIETAS

(1) *"Y el viento le hablo así: "Cuando hayas muerto tu nombre alabarán los caminantes, porque encuentre linfas abundantes entre la ardiente arena del desierto".*

La de Angelina se llama Jimena y vive en Madrid.

En Segovia hoy, otras pupilas infantiles, aprenden ya a beber la belleza segoviana en la casa tejida en la muralla, volviendo a descubrir cómo los ojos de aquel Juan niño, descubrieran un día que las torres de San Justo y El Salvador pueden vestirse de oro, y que la Mujer Muerta, tiene mil trajes que lucir.

Lucía, Teresa, Elvira, son hijas de Dominica. Mientras las dos primeras charlan conmigo, la pequeña que aún no se entera de nada, juega en su parque.

— Cuando viene juega a las cartas con nosotras, jugamos muchas briscas...

¿Y quien gana?... Hace trampa para que ganeis?

— Oh no... ganamos todos, unas veces él y otras nosotras...

Son guapas las nietas del Marqués. La mayor tiene los ojos oscuros rasgadísimos y un lunar pequeñito encima del labio. La pequeña de cara redonda y pecosa tiene el pelo rizado. Son como dos pajecillos escapados de algún relato histórico de don Juan. La niña de meses, es hermosísima.

— ¿Cómo llamis vosotras al Marqués?

Se rien asombradas de mi tonta pregunta.

— Pues abuelo.....

Dominica me explica que su padre quiere le llamen siempre así. Que entiende la vejez como un estado en dónde es preciso estar con dignidad. Le encanta ser viejo "sin trampa ni cartón".

— También nos cuenta cuentos, ya casi nos los sabemos todos...

Invito a Lucía a que me cuente uno. La niña con una vocecilla cantarina, vá refiriéndome con gracia y sin ninguna vacilación, las aventuras del pobrecito aguador de Granada de Washington Irving, Teresa de vez en vez la interrumpe para que puntualice algo.

— Dí.....que su mujer se gastaba todo en vestidos, que era muy presumida y orgullosa....

— También jugamos al corro...

Al Marqués le encantan los niños. Ha llenado de ilusiones las horas libres de generaciones enteras de sobrinos. Y aún hoy, sus cuentos siguen entusiasmándoles.

— No hace mucho tendrías que habernos visto aquí, a varios matrimonios escuchando sin pestañear el cuento de "La suegra del diablo" de Alarcón, y después de ese otro, y otro...no queríamos que mi padre callara nunca. Es que narra como nadie, lo mismo entusiasmo a los niños que a los mayores.

Las nietas del Marqués le esperan con ilusión desde la muralla, y como sus madres soñaron, sueñan ellas con que las dedique sábados y domingos.

A veces el abuelo tarda, y entonces el teléfono le reclama con urgencia.

— Abuelo.... que vengas, que te queremos....

El Marqués de Lozoya, interrumpe entonces la preparación de alguna conferencia, o la creación de cualquier página literaria, para dedicarse con ahinco a pensar en el cuento que relatará a sus queridas niñas de Segovia.

LA AMIGA

(1) "*¡Ay, los blancos corceles de las crines de plata!
¡Ay, que bien que se saben los caminos del cielo!
(Amor, llaman al uno, y al otro sacrificio
y en sus crines de nieve se enredan los luceros)*"

He querido resaltar a la dulce niña de la Casa de los Cheste, a Javiera, entre las muchísimas amigas entrañables que el Marqués ha tenido en su vida, varias pertenecientes a su misma familia, las Ceballos, las Peñalosa.... etc.... porque Javiera debió ser para Juan de Contreras, la musa de sus primeros versos.

La niña enferma, recitaba poemas y romances y deleitaba a los suyos leyendo historias en tertulias y veladas.

El Marqués encontró en ella a la "dama cuya salud y debilísima complexión estaban compensados por un temperamento extremadamente propicio a la emoción artística".

Javiera se convierte en su confidente, los dos son aficionados a la lectura, y el joven le dedica su libro CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS, que deja traslucir en sus versos "una inquietud apasionada".

La muerte de la dulce niña de la Casa de los Cheste, dejaría en Juan de Contreras su perenne nota de melancolía.

ISABEL I DE CASTILLA

"Apenas si descansa el cuerpo de aquella santa en la misma tierra que por ella se ganó, y ya se mueven pleitos en Castilla por su herencia"

De sus mujeres en la Historia, quizá Isabel sea su preferida.

No en balde descende de aquel Juan de Contreras que en la Plaza de Segovia, le tomara juramento.

En estos momentos de confusión en todo, el Marqués, paladín de su dama, se esfuerza en hablar y poner las cosas en claro. Porque Isabel I, por lo Católica y Universal no esté hoy de moda, no dejará por ello de ser la gran Isabel de España.

Bien lo dice en sus escritos;

“Si ignorásemos la historia de sus treinta años de reinado y no conociéramos de Isabel otra cosa que estos dos documentos, (testamento y codicilio) bastarían para considerarla entre las más excelsas mujeres. Son de los escasos documentos históricos que tienen el poder de conmover todavía nuestra sensibilidad”

Juan de Contreras, al hacer el retrato de su Reina, dirá:

Amor apasionado a la justicia y a la autoridad, conciencia constante de la responsabilidad de reinar: grandeza de alma, maravillosa prudencia, religiosidad aprendida en su niñez en el corazón de Castilla.

Buen paladín para la más grande de las damas, este don Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, Grande de España queridísimo y respetado señor de cuantas mujeres tuvieron la suerte de conocerle.

Y a quien hoy yo, fémica atrevida, pido humildemente perdón por mi audacia al dedicarle estas líneas. Acéptelas porque, aunque pobres, van repletas de cariño.

EL MARQUES DE LOZOYA Y LA CONSERVACION DE LOS CASTILLOS ESPAÑOLES

*Por Gabriel Alomar
Presidente de la Asociación
española de Amigos de los
Castillos.*

Cuando el Marqués de Lozoya, nombrado Director General de Bellas Artes, se hizo cargo de la conservación del patrimonio histórico-cultural de España sobre las ruinas humeantes de la guerra civil, comprendió lo importante que era el acervo que forman los castillos españoles, como parte de este patrimonio, así como la problemática específica de su conservación.

La fabulosa serie de nuestras fortalezas, desde las medievales hasta las del siglo XIX salvo pocas excepciones —recuerdo ahora como una de ellas la del castillo de Hita, que habiendo servido de observatorio, fue virtualmente pulverizado por la artillería— sufrió poco daño por causa de las operaciones bélicas. Pero los castillos medievales de la Península, lo mismo que los de casi toda Europa, había sufrido un traumatismo mayor siglos atrás, por lo menos en dos ocasiones históricas.

La primera, a raíz de los avances de la Reconquista cristiana, cuando los castillos que habían jalonado las sucesivas líneas o fronteras, desprovistos de objetivo y sin función al quedar en la retaguardia, veían desmontados sus materiales aprovechables.

La segunda, cuando en la baja Edad Media, surgido el conflicto de ámbito europeo entre la realeza y la feudalidad, fueron obligatoriamente “désmantelados”, privados de todos los elementos que determinaban su eficacia.

En las centurias que siguieron a estas grandes mutilaciones y hasta la época del romanticismo medievalista, aquellos esqueletos, de volumen a veces ingente, recortando su evocativa silueta sobre los horizontes, culturalmente olvidados, fueron abandonados a la ofensiva lenta pero implacable del tiempo y de los elementos.

La revalorización de los recuerdos históricos por parte de la sociedad, en nuestro país llegó con retraso y de

allende las fronteras. Dejando aparte algún caso especial (como el de Jovellanos en su estudio del castillo de Bellver que le servía de prisión) puede decirse que la llamada de atención sobre la belleza y el interés de los castillos, nos llegó con las tempranas traducciones de las primeras novelas de Walter Scott, seguidas por las de los románticos franceses más antiguos.

El movimiento romántico ultramontano, no podía menos de encontrar su eco hispánico, en Piferrer y en Quadrado principalmente. Pero aún estos, absorbidos por la justificada admiración que les producían catedrales y monasterios cuando se ocupaban de los castillos lo solían hacer incidentalmente y desde lejos. Sería mucho recriminar "a posteriori" a quienes con molestias que hoy no conocemos recorrieron la piel de toro en incómodas diligencias y hospedándose en fondas infectas, por no haber subido a los cerros someros para contemplar de cerca unas piedras que poco parecían significar, al lado de los maravillosos claustros románicos o góticos que encontraban a la vera de su propio camino.

Transcurridos cien años, al llegar a la mitad de nuestro siglo y terminada nuestra guerra civil los castillos medievales españoles seguían abandonados en el desmantelamiento de los Reyes Católicos y del cardenal Cisneros, que el transcurso de los años había ido acentuando.

Por entonces, iglesias y monasterios, tenían por lo menos amigos; comunidades, fieles generosos, el mismo Estado, se preocupaban por su conservación. Pero los castillos seguían desamparados.

Al Marqués de Lozoya como Director General de Bellas Artes, hay que acreditarle el mérito indiscutible de haber superado este desamparo. Y lo hizo en la forma inteligente que voy a exponer.

Para que los castillos españoles fueran conservados y consolidados, para que fuera por lo menos detenida su ruina progresiva, había que partir teniendo conciencia de dos necesidades: la de afirmar la base jurídica de la protección y la de suscitar un estado de opinión que diera eficacia a esta base jurídica; porque las leyes resultan siempre inoperantes, si no se hallan respaldadas por un estado de opinión.

La base legal existía ciertamente con la "Ley de Defensa del Patrimonio Artístico" de 1933, que ponía bajo la protección del Estado todos aquellos monumentos o valores culturales inmuebles que mediante Decreto hubieran obte-

nido la declaración de "monumento histórico-artístico". Pero por lo que a los castillos se refiere, la ley apenas servía, porque los castillos "declarados" por entonces, superaban apenas la docena.

Fue el Marqués de Lozoya quien consiguió la declaración colectiva de "monumento histórico-artístico", por Decreto, *de todos los castillos españoles*. Esta era además la primera declaración plural, sentando un precedente que no tardaría en convertirse en un instrumento de la mayor utilidad en la protección efectiva del patrimonio cultural del país.

El instrumento jurídico, la base legal de la protección quedaba con esto consolidada y perfeccionada. Ahora bien; he dicho ya que esta protección no era suficiente, de no ir acompañada de un estado de opinión, lo más amplio posible, que la hiciera viable.

A nivel intelectual y minoritario, el estado de opinión ya existía. Es altamente significativo el observar que la conciencia intelectual de la necesidad de conservar los monumentos del pasado, en cien años mal contados desde los tiempos de Walter Scott, de Victor Hugo, de Quadrado, había cambiado de signo. Quien más eficazmente había hecho ver, en pocas e importantes palabras esta necesidad, había sido, por los años veinte de nuestro siglo, el más antirromántico de los pensadores españoles: Don José Ortega Gasset.

Ortega a través de la aparente frialdad de sus palabras era un enamorado de los castillos, para él "piezas mayores" en la caza de emociones que cobraba en sus viajes de "observador" por las tierras de España. Pero contrariamente a los románticos que contemplaban a los monumentos con la vista puesta en el pasado, el insigne filósofo los quería contemplar con hiperestética conciencia del presente (en el momento actual, por cierto, ya hay que contemplar los testimonios del pasado, no ya con la conciencia del presente, sino con la del futuro). Al mismo tiempo que Ortega, muchos otros pensadores de su tiempo, habían ido creando la mentalidad social de cada día más generalizada que permitió instituir la Asociación Española de Amigos de los Castillos. ¿Podría haberse encontrado persona más indicada para ocupar la presidencia de la entidad recién creada que el Marqués de Lozoya?

La Asociación nacía como un grupo social e intelectualmente minoritario y selecto. Pero al cabo de unos años se iría convirtiendo en una institución popular, regionalizada,

localizada (a través de los simpáticos y eficaces "grupos locales"), descentralizada y repartida por gran número de rincones de nuestra geografía. Y al mismo tiempo, proyectada en los ambientes europeo-americanos, en hermandad y en contacto con otras instituciones internacionales y extranjeras con fines análogos.

La semilla sembrada por el Marqués de Lozoya, doblemente en el aspecto legal y en el aspecto de sensibilización de la opinión pública, al cabo de treinta años hoy está dando ya sus frutos. Hoy ya no hay gobernadores civiles, como había por los años cuarenta, que den trabajo a los "parados" demoliendo murallas y rellenando fosos para crear "avenidas" que han resultado harto mezquinas. Ni hay alcaldes que pavimentan calles con los bien escuadrados sillares del castillo que debía haber sido el orgullo de la villa.

No podemos ignorar, a pesar de todo, que de tanto en tanto, el tiempo da alguna mordedura cruel a las moles seculares; un torreón que se desploma, un lienzo que se agrieta. Pero de día en día va aumentando la atención del estado y de los organismos locales, así como la de los mismos propietarios, no siempre ni mucho menos personas opulentas, que por amor a la cultura apean y afianzan por lo menos aquello que ofrece más peligro.

Todo lo que acabo de decir, justifica con creces mi homenaje de gratitud en nombre de la Asociación al que fue su primer presidente; y en nombre propio, el de admiración al ilustre amigo que tanto ha hecho en orden al prestigio y al conocimiento de nuestro arte y de nuestra historia y a la digna conservación de sus testimonios.

EL MARQUES DE LOZOYA, ¡QUE GRAN GUIA!

*Por José Luis Vallhonrat Merino
Delegado de Información y Turismo de Segovia*

Recuerdo la fecha del 4 de abril de 1974. Era la inauguración oficial del Bimilenario del Acueducto que, con gran ilusión, esfuerzo y ánimos nunca decaídos de muchas personas, se conmemoraba en Segovia.

Era decir a España y al mundo la historia de una singular ciudad, representada en los dos mil años de nuestro universal Acueducto. Era cantar y contar la vida misma de Segovia a través de unos actos que al mundo sirviera para conocer más y mejor la ciudad. Era, en el fondo, recorrer un "itinerario turístico espiritual" sobre los caminos de la historia y vida de Segovia, para lo que se necesitaba "un gran Guía".

Y una vez más, Segovia quiso que, junto a la grandeza bimilenaria de sus piedras, se uniera otra grandeza: la de la inmensa humanidad, sabiduría y competencia histórica y artística de este hombre excepcional que es D. Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, hoy Grande de España por decisión Real.

Y una vez más, para los grandes acontecimientos, Segovia buscó a un gran hombre que se encargara de pronunciar el Pregón del Bimilenario.

Y una vez más, el Maqués de Lozoya, con su habitual sencillez, con su inigualable maestría, nos deleitó con su palabra y con sus conocimientos que generosamente —también una vez más— transmitía al auditorio, de su saber, de sus experiencias, de su amor por Segovia.

Y así, muchas veces más, buscamos siempre al Marqués de Lozoya para que nos guiara en los caminos de la historia y del arte. Y para que por los caminos, calles y plazas de esta Segovia eterna, de su querida Segovia, nos fuera descubriendo lo que llamó un día "el susto de Segovia".

Y así, infinitas veces más, Segovia sentía su propia imagen, su propia vida, proyectada en los itinerarios, en los

recorridos turísticos, en las rutas de conquista y de acontecimientos históricos. Y en la misma personalidad de los que, extasiados, contemplaban la belleza de sus monumentos junto al gozoso expresar de su "Gran Guía" que les iba ofreciendo el alma de la gran ciudad, su propio ser.

Un expresar de Segovia en libros, palabras y acciones que eran la misma vida de Don Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, cantando a su tierra, a la historia de la España grande en sus hechos.

Si el turismo es una forma de vida; si pretende el conocimiento de una realidad pasada o presente; si, fundamentalmente, es convivencia de otros mundos que tratan de conseguir la comunidad de toda una historia en sus aspectos culturales, históricos, ambientales e incluso de sentimientos, integrando a sus protagonistas en la propia vida del país o lugar que visitan y pretendiendo conocer, por sí, sus costumbres, gustos, razones y características esenciales; si, en definitiva, el turista ha superado el simple concepto del viajar para querer "conocer, sentir y vivir" aquello que visita, yo diría que el Marqués de Lozoya, ¡ese gran Guía!, ha contribuido poderosamente a poder encontrar esa vida, con su dedicación cultural, histórica y artística, con su largo quehacer inquebrantable ofrecido al estudio, al trabajo, al servicio de una idea y al servicio a los demás. Y nos ha permitido a muchos acercarnos a conocer y amar la vida misma de Segovia. Con maestría, con dignidad, con veracidad histórica. Y sobre todo, con una gran humanidad.

Siento no poder expresar mejor estas ideas sobre la personalidad y significación del Marqués de Lozoya, limitado, como estoy, a la pobreza de mi pluma. Pero por mi corazón se escapa también el afecto, la devoción, el respeto y la admiración hacia este hombre Grande de España, Grande de alma y Grande de sabiduría.

Y por ello, porque quería unir mi voz al merecido homenaje que le tributa el Centro Segoviano de Madrid, es por lo que me he atrevido a escribir estas torpes, pero sinceras líneas, y sumarme así a quienes, con más méritos y competencia, ilustran éste libro.

A sus lectores les pido, pues, comprensión y benevolencia.

A Vd., Don Juan, le ruego que acepte mi felicitación y mi agradecimiento por su obra y por su ejemplo de vida.

LA GRANDEZA INSOLITA

Del Marqués de Lozoya y del REY de España.

Por Juan Rico Martín

Pero esta vez su escudo nobiliario no se ha enriquecido con laureles al guerrero ni la gracia real ha premiado al filántropo, al mecenas, aunque también tenga nuestro Don Juan un ancho haber en estos campos, sino al estudioso, al erudito, al poeta; al hombre ligado muchos lustros ya, en rica simbiosis, a la Cultura, a la Civilización, a la Historia de su patria grande —y de su patria chica—; al cultivador incansable y fecundo de ciencias y saberes, al hombre de las más legítimas y claras fidelidades, de la más limpia ejecutoria personal de estos tiempos.

¡Dios mío!. Aquí sí que se ha cumplido enteramente la añorante y vieja frase cotidiana del “buen vasallo” y del “buen Señor”; porque sí es claro el merecimiento del Marqués no lo es menos el acierto, la voluntad, el amor puesto en la gracia real en la concesión de tan alta dignidad —¡Grande de España!— fiel también nuestro Rey Juan Carlos a su primer y entrañable Mensaje, donde explícitamente, deteniendo el tono y el concepto, con palpable convicción, alzó en el sugestivo cuadro de sus propósitos ante el pueblo, que La Corona entiende como un deber el *reconocimiento* y la tutela de los valores del espíritu, para fijar después que en *tarea tan alta*, refiriéndose al mundo del pensamiento, de las Letras, las Artes y las Ciencias, “su apoyo y estímulo no habrían de faltar”.

Pocas biografías de nuestro tiempo, repito, podrán parangonarse con la de nuestro Marqués de Lozoya, protagonista de la mejor aventura y ventura humanas: pasar por el mundo como una cima guadarrameña, al aire limpio, desdeñando vanidades y recogiendo, sin pedir las, las más anchas adhesiones; enseñando sin autosuficiencias ni pedanterías a grandes y a chicos; sirviendo religiosamente a esas dos transcendencias humanísticas: la Historia y la Cultura; haciendo de su amoroso fervor por “su Segovia”, una constante de servicio y entrega a sus hombres y a sus tierras; ofrendando, en su fervor por España, un tiempo secular casi, de trabajo y trabajo y trabajo, noble y fecundo, aunque pretendiera acaso en ocasiones hacerle oscuro; aunque no haya podido evitar, desde su sencillez excepcio-

nal, que fuera tantas veces brillante y hasta, tantas veces conocido.

¿En que cargo, más alto o más bajo, desde las Direcciones Generales de la Administración a las presidencias de instituciones o sociedades artísticas y culturales, desde la altura de la política a la llanura humilde del Centro Segoviano, no ha dejado el Marqués, nuestro Marqués, una huella decisiva de grandeza de alma, de amplitud de espíritu, de buen decir y de buen hacer? ¿Dónde no ha probado “nobleza” e “hidalgúa”?

Toda su acción espléndida estuvo y está inmersa en las coordenadas espirituales mas gráficamente definitorias de su inigualable personalidad humana: la Bondad y la Cultura. Y creo que sería pueril que en esta sencilla contribución pseudo-literaria a su Homenaje, me detenga en glosar la transcendencia vital de unos de sus más trillados caminos; porque si todos transitáramos en ellos o por ellos con su generoso paso o con una simple vocación de novicios en estas virtudes, sería bastante más fácil el común acceso a la tan implorada —y a veces tan distante— Justicia. Y si me apurais un poco hasta la tan cacareada Libertad que no puede crecer ni afinarse —frente a todas las demagogías—, sobre el subdesarrollo espiritual y cívico de ningún grupo humano.

El Marqués-poeta, puede explicar también, al lado de su bondad y su cultura tan anchamente ofrecidas a todos, la riqueza singular y maciza de su acción creadora y re-creadora.

En fin de cuentas poesía, etimológicamente, viene de “creación” y antes que en José Antonio, poeta-político, leí, de crío, una frase de un hombre universal, Victor Hugo que en esencia se anticipó a la formulación joseantoniana, diciendo que “a los pueblos les mueven los poetas”.

El Marqués de Lozoya ha movido mundos de vocación, de saberes y de fé; ha creado una escuela de actitudes y de comportamientos humanos; ha señalado, con imaginación y con gracejo, las sendas del servicio a las gentes y a las tierras, ha postulado la justicia sin descomponer el gesto, sin “concesiones a la galería”, sin acritud y sin rencor. “Conocer es amar”; y esta exigencia que se impuso a sí mismo, desde la adolescencia, configura otro de sus méritos y virtudes —naturalmente aquí no mencionamos todos o todas las que le alcanzan— una virtud acaso por conocida poco comentada: su tremenda, su rigurosa honestidad política e intelectual.

Es una fiesta mayor la que se anuncia. Es una fiesta grande para nuestro Marqués y para su ilustre Casa, esta ancha y profunda y fiel adhesión que el Centro Segoviano ha promovido en su homenaje. Y es naturalmente una fiesta emocional, como diré si Dios quiere contento por la encomienda en el pregón anunciador de los actos, para nuestra pequeña y entrañable provincia, desde Riaza a Cuéllar y desde Sepúlveda a Santa María de Nieva, pueblos y villas todos a quienes les ha cabido el honor y la honra de que un arquetipo humano le haya ofrecido en un tembloroso desfile de trabajos y calendas, las manos y la mente limpia de su hijo predilecto, Grande de España por una vida activa, fecunda y ejemplar y la gracia de un Rey, Don Juan Carlos I, que ha sabido abrir la esperanza y alegrar a tantas gentes ahora, "faciendo" justicia con una casi insólita concesión, para una insólita grandeza.

EL MARQUES DE LOZOYA, GRANDE DE ESPAÑA

*Por José Gutierrez-Ravé
y Montero*

Su Majestad el Rey de España, don Juan Carlos I, entre los variados aciertos en la iniciación de su Reinado, ha tenido el de conceder la Grandeza de España a don Juan de Contreras y López de Ayala, marqués de Lozoya, Grandeza que por vez primera, según ha dicho el propio beneficiado, se otorga en razón a tareas docentes y literarias.

Y tales tareas han sido, sin duda alguna, sobresalientes en extremo en este caso pues el ilustre agraciado tiene en su haber copiosa obra, selectísima, brillante e imperecedera ya que sus volúmenes, por ejemplo, acerca del Arte Hispánico y los dedicados a historiar nuestra Patria, quedarán por siempre como preciadísimo, claro y exhaustivo estudio de materias que ávida y fructíferamente asimilan y asimilarán nutridas generaciones de españoles, tanto del solar matriz como los nativos de la constelación de países americanos de nuestra estirpe.

Hemos tenido la suerte y el honor, en nuestra ya dilatada vida, de tratar de cerca a varias personalidades próceres de España y de la América española y no es la primera vez que, sincera y verazmente, afirmábamos que colocamos al marqués de Lozoya en primerísimo lugar entre nuestras admiraciones y afectos, aumentados, si cabe, por nuestro común paisanaje, pues ambos vimos la luz primera en la incomparable y amada Segovia, ciudad natal de figuras relevantes que merecen singular atractivo y cuyo censo, siquiera incompleto, habíamos proyectado en un libro que, como tantos otros, puede quedarse sin cuajar, ya que el vivir cotidiano del mundo de nuestro tiempo, nos consume sin que alcancemos a lograr sino una pequeña porción de nuestros sueños y deseos.

La labor del marqués de Lozoya —poeta excelso y que nos declaró que de lo que mas satisfecho está es de algunos de sus sonetos, cuya reproducción instamos para este libro que edita el benemérito Centro Segoviano de Madrid, en su homenaje—, en la centenaria Asociación de Escritores y Artistas Españoles, cuya presidencia ostenta y que por nuestro puesto en su Junta Directiva, hemos podido

apreciar bien de cerca, ha sido, en todo momento, activa, certera y fructífera pues cuando llegó a este cargo halló a la prestigiosa entidad en crítica situación y hoy se encuentra en vías de renovar sus esplendores de antaño.

Agradecidos al Centro Segoviano por requerir nuestra modesta firma para este volúmen, quede aquí constancia, por medio de estas líneas, de nuestra admiración y cariño al marqués de Lozoya, auténtico Grande de España.

D. JUAN POR LAS CALLES DE SEGOVIA

Por Antonio Horcajo Matesanz

Yo era un niño. Segovia era muy distinta a la actual, al menos en los escenarios que estoy reviviendo. Entonces se llamaban aquellas calles, próximas al Azoguejo, Perocota, San Clemente, El Carmen, Había allí, donde ahora está el magnífico edificio de la Caja de Ahorros un herradero de caballerías, había un tostadero de café y una fuente que debió ser abrevadero antigto.

En San Clemente estaba el parque de bomberos, con un coche y un carro y bomba manual. Enfrente estaba el jardín de nuestra casa, que mi padre pronto convirtió en almacén llevado de su espíritu de trabajo; sin embargo conservó parte de la galería acristalada, que era una bendición del Cielo en el invierno soleado y un' infierno de calor en verano, cuando allí hacia mi refugio en las vacaciones colegiales que me traían a Segovia desde las tierras alavesas.

Siempre, cada año, aparecía sobre la Torre de San Clemente la cigüeña y cada sábado se encendía el cubileto de la fundición que mi padre creó, en unas cocheras de viejos autobuses de línea y de donde salían las norias que iban a regar los campos segovianos en la paz de España recién estrenada.

Por la calle de San Juan bajaba un señor, un señor en toda la extensión de la palabra, con paso firme pero menudo. El Marqués ha tenido siempre una manera muy peculiar de andar, como ladeante y saltarina, fijándose en todo y haciendo las paradas precisas para llenarse de la observación que requería lo observado. Regalo es saberse parar en este tiempo y el Marqués —D. Juan para los segovianos— siempre ha sabido reposar y, sin embargo, ha dado la vuelta al mundo varias veces con una febril actividad. A la misma hora que por San Juan viene el Marqués hacia el Azoguejo, por el Portigo bajan, en fila de a dos, los "curillas", los seminaristas que con sus bonetes negros y sus becas rojas o moradas, depende de su lugar en el escalafón de estudios, ván vacia Baterías, ó a Chamberi, ó a la Plaza de Toros, a las Eras ó cualquier lugar donde, remangada la sotana, han de correr detrás de un pelotón.

En el Azoguejo confluyen las largas filas juveniles de aprendices de cura y el paseante solitario. El Azoguejo hoy, que es jueves y hay mercado, está lleno de gentes venidas de Escalona, Aguilafuente, Cuéllas, La Nava, Sangarcía, Torrecaballeros, Turégano y los trilleros de Cantalejo.

Don Juan tarda tiempo en cruzar la plaza, pues le paran en cada grupo y se informa de las cosas del campo, y, sobre todo, de "como van las cosas en casa". Luego, por la noche, cuando La Serrana o el coche de Galo, lleve a cada uno a su aldea, dirá el labriego a su mujer: "Hoy he hablado con el Sr. Marqués" y ella, en tierra de nobleza y linajes abundantes sabe que su hombre está hablando del Marqués de Lozoya.

D. Juan ha podido coger otro itinerario por sus queridas plazas y calles segovianas, ha podido —como tantas veces— tirar por el Arco de San Ginés hasta el Hospicio y seguir por la Alameda; ha podido recorrer la Canongía hasta San Esteban y el Alcázar; ha podido, por Cronista Lecea, atravesar la Plaza Mayor y bajar por la Judería hasta el arco de San Andrés. Todas las calles segovianas son algo consustancial con el Marqués de Lozoya y él es consustancial con ellas.

Pero, aquel día, D. Juan bajó hacia el Azoguejo porque en San Clemente iba —sin él saberlo— a dar la primera lección de románico a un niño segoviano que tenía a Segovia en el alma y se embebía de ella el poco tiempo que las vacaciones le devolvían a Castilla.

Entonces existía un callejón donde está la Calle del Marqués de Mondejar, por allí se iba al abside de las Reparadoras, tapiado junto a la sacristía y el acceso a la huerta de las monjas. Una larga y alta tapia de argamasa separaba el recinto de huerta y jardín monjil del final de la calle del Doctor Sancho.

Era aquella una Segovia entrañable, llena de paz y sosiego, con sombras gratas y soles fuertes. El Marqués, paso a paso, fué subiendo la leve cuesta de cantos rodados. Miraba a la torre de San Clemente, cuadrada y rojiza, y al llegar al abside su atención fué más intensa. Había algo que llamó la atención de un niño que jugaba con otros al escondite, ó quizá a la malla, correteando y gritando casi tanto como los vencejos segovianos que raseaban el adoquinado de la calle de San Clemente, donde los bomberos habían regado, frente a su acuartelamiento, con la vana esperanza de refrescar el ambiente. El niño oyó de la

belleza de aquellas piedras amarillas ya bastantes deterioradas por la incuria y el tiempo: “Este abside —dijo el Marqués— es una de las muestras bellas que tiene Segovia y me gusta acercarme a él porque su propio ambiente, escondido y silencioso, incrementa sus valores en mi estima. Segovia es un tesoro inmenso y son sus cosas ignoradas, sus cosas sencillas, posiblemente las de mi mayor predilección”.

Desde aquel entonces aprendí a buscar en Segovia aquello que más merece nuestra atención y amor.

Ahora, treinta y cinco años más tarde, quiero recordar a D. Juan como paseante segoviano infatigable y como depositario de todo lo que sentimos los segovianos por nuestra tierra.

Hoy el Marqués es Grande de España, porque a tantos y tantos hispano parlantes ha enseñado nuestro arte, nuestra cultura, como un día a un niño segoviano que le rinde este homenaje y ha querido ser participe del sentido agradecimiento al actuar como Juez-instructor del expediente para la concesión de la Medalla de Oro de Madrid y defenderla, con pobre verbo pero a corazón volcado, ante el Plano de la Capital de España.

Gracias, D. Juan, por su Grandeza que a todos los segovianos algo nos toca.

EL MARQUES DE LOZOYA, COMO PRESIDENTE DEL CENTRO SEGOVIANO

Por Clodoaldo Ballesteros Rivera.

Hace ya tiempo, allá por el año de 1.959, y tras un acuerdo unánime con el Consejo Asesor, una comisión mixta, representando a dicho Consejo y a la Junta Directiva, ofrecía al Marqués de Lozoya la Presidencia del Centro Segoviano de Madrid. Ello fué debido a un afán de acabar con ciertas disenciones ó disparidad de criterios (bien intencionados quizás, pero por supuesto estériles) a que habíamos llegado en el seno de la Junta, que hicieron, sino temer por la vida del Centro, sí paralizar su marcha ascendente, esa marcha que la Casa merecía por su largo historial. El Marqués aceptó el cargo con su sencillez habitual y desde entonces, y en tanto Dios lo quiera, y acordado así por la junta general de socios, viene rigiendo y regirá los destinos de la Entidad con carácter de perpetuidad.

Los días fueron dándonos la razón: la elección del Marqués como Presidente había sido un acierto, pues con su sola presencia dejó, en primer lugar, de hacerse ostensible la discordia, dando paso después, y ya sin interrupción, a una sincera convivencia con posibilidades, entonces, de hacer frente a tantas y tantas difíciles vicisitudes como surgieron y las que fueron resueltas con éxitos indiscutibles. A la vista de esos éxitos, quienes nos precedieron, nosotros los actuales y los que nos sucedan en la dirección del Centro, al enjuiciarlos con la debida lealtad, y por lo que al Marqués de Lozoya se deben, habremos de considerar que éste no es un Presidente más, sino: ¡El Presidente!

Y pensando en aquellos tiempos podíamos recordar, como anecdota, que á poco de llegar Don Juan de Contreras a la Presidencia del Centro, le llamabamos, cariñosamente, "Don Juan, el Pacificador". ¡Tal fué el halo de bondad que sembró entre nosotros!

Todo ésto quizá signifique poco en una vida consagrada por naturaleza y por diversas circunstancias a empresas de un nivel mucho más elevado que el que pueda otorgarse a un Centro Regional, aunque éste sea el Centro Segoviano,

y Segovia sea para él un constante en sus predilecciones, a lo largo y ancho de su larga vida.

Todo ésto —repetimos— es muy poco ante su labor en Direcciones Generales, Academias, Instituto de España, Consejo del Reino y tantas y tantas etceteras como pudieran añadirse. Bien lo sabemos, pero nuestro testimonio es muy directo, lo que nos permite estar presentes con pleno derecho, y ello nos ha movido a dedicarle éste modesto trabajo, que si se inicia y tiene su punto de partida en lo que para nosotros supuso, quisieramos darle una proyección más amplia, pues no se limitan á ésto sólo sus merecimientos, y quisieramos, por tanto, destacar algún concepto que marque y defina otros aspectos de su personalidad del modo más expresivo.

Del Marqués de Lozoya se ha hablado mucho; parece haberse dicho todo ya, y en las páginas de éste libro, otras firmas insistiran con mayor detalle —¡Ojalá alcancen a recoger algo nuevo!— y por eso, nuestra pretensión es tan solo detenernos en un solo punto, como antes deciamos, y ha de ser dándole un expresión natural, pero ello no ha de prohibirnos pensar, que si bien es hombre conocido, é incluso popular, ha sido poco destacado ó no lo bastante, dada su reveladora importancia y su gran dimensión internacional.

El Marqués de Lozoya, noble por su cuna y por sus méritos, maestro por su inteligencia, en situación privilegiada para alcanzar esas metas políticas tan codiciadas por todos, no desdeña en descender a posiciones más humildes cuando así se le pide —y éste es nuestro caso— sin ignorar que solo molestias y trabajos podemos darle. Y así pasa sin detenerse por los salones suntuosos de la aristocracia, sin preocuparse por la conquista del poder ó la fortuna, y desde los recintos academicos más brillantes, acepta, con la misma ilusión, cargos sencillos, como la Presidencia del Centro Segoviano, y al solo conjuro de nuestra llamada, se llega a éste modesto huertecillo para dirigirnos en el cultivo de unas modestas florecillas segovianas.

Aquí debiéramos terminar para no invadir lo reseñado a cuantos les ha cabido el honor de colaborar en éste empeño, y que a buen seguro, iran poniendo de relieve sus relevantes dotes con la misma dificultad que nosotros tenemos, pues a pesar de lo elocuente de sus plumas, tropezaran con lo imposible como es describir su bondad.

Acaso lo más expresivo y también lo más edificante, estaría en recoger el anecdotario del Marqués. No sé si

alguien lo hará, yo por mi parte, quiero dejar constancia de que en cierta ocasión, al hacerle observar la multitud de cargos que ostentaba, sin remuneración por supuesto, (incluso en alguno de ellos tuvo que completar de su peculio el presupuesto oficial, por insuficiente,) me replicó: “El primer sorprendido soy yo, porque nunca he solicitado ninguno” y es que el Marqués de Lozoya jamás pidió nada para él y en cambio siempre se dió a todos. Y hace muy pocos días, con motivo de una conferencia de las que él tanto prodiga y cuando el señor que le presentó hizo alusión a su reciente designación como Grande de España, él lo recogió en su disertación y, como no, dijo que lo de Grande de España le parecía excesivo. Todo lo más —aclaraba— “Pequeño Segoviano”.

Son varias las ocasiones en que el Centro Segoviano ha tenido con su Presidente alguna atención y hemos procurado distinguirlo a tenor de nuestros pobres medios, pero quedamos siempre insatisfechos y siempre a la espera de que alguien proceda, a nivel nacional, a rendirle el homenaje que merece.

Por nuestra parte, y ésto creemos que será de su mayor agrado, no nos resta más que, como directivos del Centro Segoviano, como hombres que estamos a su lado y a sus órdenes, merecerle.

EL MARQUES Y LOS SEGOVIANOS

Por Gerardo Martín Sacristán.

Así; el Marqués, sin otro adjetivo. ¿Para qué? Decir el Marqués ó el Sr. Marqués, entre segovianos, ya se sabe que nos referimos a ese gran hombre que se llama Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya.

Cuantas veces ha ocurrido que al encontrarse dos amigos en Segovia ó en Madrid, le ha preguntado el uno al otro: Oye, ¿sabes si está aquí el Marqués? Pues sí, ayer le ví. O por el contrario; creo que está en Zaragoza, o en Valencia, ó en Pamplona, pronunciado una conferencia, ó en el Perú, ó en Mejico, españoleando, sembrando cultura. Y todos saben que se trata del Marqués de Lozoya, de "nuestro" Marqués, como si fuese el único, como si no hubiese otros marquesados. Y es que para nosotros, los segovianos, el Marqués de Lozoya es "unigénito", es el hijo único de nuestra devoción, parido por esa gran madre que es la Segovia de sus amores. Y de los nuestros también.

¡Su devoción y su cariño por Segovia! Esto merece capítulo aparte, pues no creo que haya nadie que ame más al lugar de su nacimiento que Don Juan de Contreras.

En cierta ocasión me dijeron que el Marqués tenía una especie de "lema", que dice: "Primero, Dios; luego, Segovia y después, la familia". ¡Y hay que ver lo que ama a los suyos! Imagínate, lector amigo, lo que éste hombre amaré a Segovia, y si lo piensas bien, sacarás la conclusión de que no podía haber nacido más que en "su" Segovia, para su satisfacción y para orgullo de los segovianos.

Yo le pregunté una vez a la bondadosa Marquesa de Lozoya (esa gran dama que puede echarse a reñir con su marido en virtudes), si era cierto ese "lema", y, riendo me contestó: Pues sí, Sacristán, sí; algunas veces se lo he oído decir.

Así es "nuestro" Marqués y así le vemos los segovianos que somos sus amigos.

Ser amigo del Marqués de Lozoya, es un privilegio. Y de ese privilegio o prerrogativa, nos podemos ufanar los segovianos, porque a todos nos quiere, a todos nos lleva en su corazón, en ese corazón suyo, tan noble, tan bondadoso,

donde no creo que se haya posado nunca el menor síntoma de soberbia ó de orgullo, donde solamente anidan los mejores deseos para su prójimo.

¿Y de su religiosidad, de su auténtico catolicismo, que podemos decir? Yo te aseguro, lector amigo, que el Marqués de Lozoya tiene madera de santo. Todos, dicen, tenemos madera de santos, pero la de nuestro Marques es una madera especial, es... "una madera noble".

Permitidme dejar sentado a modo de profecía: "El Marqués de Lozoya, será beatificado". Y para su confirmación emplazo a las generaciones futuras.

Y si a sus profundos conocimientos, a su vastísimo saber unimos su extraordinaria bondad y su sencillez, ¡que grandeza de hombre resulta!

Por eso, ahora, S.M. el Rey Don Juan Carlos, con su fino instinto, reconoce y proclama oficialmente esa grandeza y le hace Grande de España. Bonito gesto que los segovianos estamos obligados a agradecer eternamente.

Nuestro Marqués ya era grande por la gracia de Dios, por ese cúmulo de virtudes que sólo El puede conceder y que los hombres estamos obligados a proclamar.

Y esto es lo que pretendemos hacer nosotros, pues aunque sean conocidas de todos cuantos le tratamos, no estará demás que las lancemos a los cuatro vientos para que las conozcan los que las ignoren y para que nos sirvan de ejemplo a todos.

Ya sé, que cuando el Marqués lea éste modesto trabajo mio, me va a decir: "Se ha excedido usted, querido Gerardo..." Y como disculpándose, como pidiendo perdón por su sabiduría y por su bondad, agregará: "Yo no tengo más méritos que haber trabajado mucho durante toda mi vida". Porque de eso sí que presume: de haber trabajado para los demás. ¡Bendita presunción! Presunción que si en otros puede parecer pecado, en él acrecienta su virtud por la forma y la vocación que ha puesto en los afanes a que se ha dedicado a lo largo de su dilatada existencia.

Porque hasta para eso ha sido inteligente: ha elegido para su actividad aquello que más le gusta hacer.

Podía haber ejercido la abogacía —¿sabías lector que el Marqués de Lozoya es también licenciado en Derecho?— pero ha preferido colgar el título en la pared. Yo no puedo imaginarme a nuestro hombre pretendiendo demostrar que lo blanco es negro. O al revés....

Y ha sido mejor así. Ha sido mejor que se haya dedicado a lo "suyo", y lo suyo es ese absoluto conocimiento y dominio del Arte y de la Historia. Y ese profundo saber desentrañar los secretos, la historia ó la leyenda de las viejas piedras de España y de buena parte del mundo.

Quien haya tenido la suerte de visitar Segovia ó los viejos pueblos de nuestra provincia, o de nuestra región, o de cualquier otra región de España en compañía del Marqués de Lozoya, se habrá dado cuenta de que ello es una delicia para el espíritu.

¡El Marqués y los segovianos! Y al decir segovianos, nos hemos referido a todos; a los segovianos de Segovia y a los que residen en Madrid. Pero ahora queremos hacerlo a éstos últimos, a los que, —como él dice— "estamos exiliados en Madrid", y en particular, a los socios del Centro Segoviano.

¿Qué es y que representa para éstos últimos el Marqués de Lozoya? Pues sencillamente el marqués es, para nosotros, un poco nuestro padre y nuestro guía. Y por eso le seguimos y somos sus más fervorosos admiradores.

Y hay que observarle cuando aparece por el Centro, con qué cariño y respeto le saludan cuántos le ven y con qué afecto les corresponde a todos.

Y es muy corriente oírle preguntar: ¿De que pueblo eres? Y al contestarle que de Abades ó de Mozoncillo, ó de Santiuste ó de Santa María la Real de Nieva... y saber cómo se apellidan, es normal oírle exclamar: Ah, sí! Tu eres hijo ó nieto de Fulano ó de Mengano... Tu abuelo, me buscó los votos cuando yo fuí Diputado...

Y se acuerda de todo y de todos.

¡Y luego dicen que los sabios son desmemoriados y distraídos!

Y otros, al preguntarles a qué se dedican en Madrid, es corriente también oír: Pero Señor Marqués, ¿no se acuerda usted que me colocó de Ordenanza en tal Ministerio, o que me recomendó para ingresar en tal o cual Organismo? Y de eso no se acuerda... De esos favores, de los que ha hecho miles y miles en su vida, se ha olvidado. Y en cambio se acuerda de que "el tío Rufino", de un pequeño pueblo, le favoreció con sus votos cuando él fué Diputado..

¡Que gran lección! Olvidar los favores que se hacen y recordar los que se reciben.

Así es nuestro Marqués y por eso le queremos.

EL MARQUES, POETA.

Todos sabemos quien es y lo que és, el Marqués de Lozoya, pero puede que algunos ignoren que fundamentalmente es Poeta, y que a ésta faceta dedicó los mejores años de su juventud, y quizás por ello, por ser poeta, ha llegado a comprender y dominar el Arte en la manera que lo ha hecho.

Como muestra, damos algunos de sus "Sonetos espirituales".

*.. No creais que mi tierra de Castilla,
por árida y por yerta, no da flores;
no penseis que tan solo de rencores
prendió en su recia entraña la semilla;
el Hidalgo inmortal de Argamasilla
es gala y prez de firmés amadores;
Rodrigo de Vivar, en sus amores,
su generosa condición humilla.*

*.. Por la desdicha de un amor, perece
la dulce Melibea, y enloquece
por una amor, la reina Doña Juana;*

*.. Y, encasillada en su ciudad roquera,
Teresa de Jesús, como una hoguera
alumbra la llanura castellana.*

.. ¡Ay corazón! ¡Ay corazón! Mendigo
que en vano has de tocar todas las puertas...
¡Ay, desterrado, que a buscar no aciertas
la patria amada ni el seguro abrigo!

.. ¡Errante peregrino! ¿Con qué hostigo
buscas las sendas de la dicha, inciertas?
¡Ay, cuanta carga de esperanzas muertas,
de hastío y de dolor, llevas contigo!

.. ¡Pobre aguilucho de las alas rotas!
¿Quién te dará un lugar donde esconderte
para curar tus llagas, en sosiego?

.. ¿Quién te verá subir hasta perderte
en las regiones límpidas, ignotas?
¡Ay corazón, desamparado y ciego!

¡Clara noche estival! El firmamento
tan cerca brilla, que sus gemas de oro
parecen enredarse en el sonoro
follaje del pobar, que mueve el viento.

.. Llena los campos, compasado y lento,
de las cigarras el solemne coro....

¡Señor y Padre mío! ¡Oh cuanto añoro
la Eternidad, que tan cercana siento!

.. ¡Noche serena, rutilante, santa!,
cuando todo en mi torno brilla y canta,
¿por qué yo he de callar, confuso y triste?

.. Bajo mi pecho, que de amor suspira,
hoy vibra el corazón como una lira...
¡Púlsale Tú, Señor, ya que lo hiciste!....

*. . La estancia, toda blanca, estaba llena
del apacible encanto matinal;
en un claro jarrillo de cristal
florece una vara de azucena.*

*. Cesó la niña en su oración serena,
y se turbó su rostro virginal
cuando una voz alada, en el umbral,
Ave María, dijo, gratia plena.*

*. . El celestial heraldo tendió el vuelo,
y quedó palpitando en el ambiente
la dulce invocación ¡Ave María!*

*. . Todo fué así; sencilla y suavemente;
y se enlazó la tierra con el cielo,
y el nuevo siglo comenzó aquel día.*

CINCO SONETOS AMIGOS PARA DON JUAN DE CONTRERAS Y LOPEZ DE AYALA

Autor: Rafael Matesanz Martín

I

MADURA ESTA LA TINTA DE TU PLUMA

*.. Madura está la tinta de tu pluma,
tu nombre rubricado con la gloria.
En el mar agitado de la historia
tu voz despejará la densa bruma.*

*.. Añadiste el amor en esta suma
de crítico talento y de memoria.
Cultivaste la luz sin vanagloria
y la luz cultivada te consuma.*

*.. Salvaste los colores de las cosas,
tradujiste el idioma de las rosas
y declamaste el verso de la yedra.*

*.. Hombre de corazón agradecido,
regalaste el calor de tu latido
para salvar el vuelo de la piedra.*

II

EL POLVO FUE BORRANDO LAS ESTRELLAS

*.. El polvo fue borrando las estrellas
mientras el corazón anochecía.
Un crecer burocrático añadía
su cárcel de papel y de querellas.*

*.. Llegaste tú para salvar las huellas
de las manos del hombre en armonía.
Dijiste que el amor permanecía
en perenne latir de piedras bellas.*

*.. Desempolvaste en la penumbra triste
el poema olvidado que persiste
en humildad tallada de madera.*

*.. Y sentiste el calor de la ternura
cuando su voz antigua de escultura
te hizo testigo de la primavera.*

III

TU SENCILLEZ DE SABIO

*Pero el trozo de pan que te sustenta
se oculta en el hogar de llama leve:
sencillamente gozas cuando llueve,
sencillamente, cuando el sol calienta.*

*Tu sencillez de sabio se aposenta
en tu surco de hombre como nieve
que fecunda tu alma y que se atreve
a salvar la oración que te alimenta*

*Sean otras altivas cordilleras,
rivalidad de loca arquitectura,
altavoces de música llagada;*

*Tú, sencillo, sembrando primaveras,
nutriendo la raíz de la ternura
y advirtiendo el calor de Su pisada.*

IV

DIALOGAS CON EL HOMBRE Y EL PAISAJE

*Dialogas con el hombre y el paisaje
sin límites de tiempo y de colores.
Tu mirada sencilla encuentra flores
antiguas y modernas en el viaje.*

*Huellas de hombre llenan tu equipaje
para salvar sus claros ruisseños.
Respetas el matiz de sus fervores
y te cubre el frescor de su ramaje.*

*Saboreas el gozo de lo humano
y descubres sus alas empolvadas
porque tu corazón se siente hermano.*

*Con él pronuncias nuevas alboradas,
pintas con él y esculpes con su mano
resurrección de estrellas clausuradas.*

V

TU JUVENTUD NO MUERE

*Tu juventud no muere ni se enfría
en el invierno de este siglo incierto.
Tu corazón, gozosamente abierto,
río de arte, sigue todavía.*

*En el mar de lo bello se extasía
tu nave azul hacia el ganado puerto.
Y seguirás así después de muerto,
joven perpétuamente en la armonía.*

*Porque ser joven es estar ganando
el pan del gozo con sudor de anhelo
para calmar el llanto de la ausencia.*

*Y tú no cesas, seguirás gozando
el poema de Dios cuando en el cielo
te nutras con la luz de su presencia.*

AL MARQUES DE LOZOYA, AL OTORGARSELE LA GRANDEZA DE ESPAÑA.

“.... y cubrios”

*¿qué alcanzará a cubrir tus blancas sienes,
Juan de Contreras,
cuando la Majestad del Rey te lo demande?*

*¿Acaso el blanco Enero que cantabas
(Amo yo a mi Segovia.....)
o el polvo de Medina o de Pedraza
que dicen de la Sierra, en donde buscas
aún las desvaídas huellas
de tanto y tanto santo caballero,
la sangre de los corzos pensativos
de los jarales últimos y ralos,
el agua helada de las viejas tardes,
cierzo de Riofrío entre los robles....?*

*¿Viento entre los escudos de granito
que se van deshojando lentamente
por esas calles tuyas, tan sabidas?*

*¿Tiempo, sereno tiempo de Segovia
cayendo hasta tu torre, dominica,
en la alberca que llevas al costado
cuando abres las hojas del balcón,
tiempo de los espejos de tu casa,
del satén amarillo en los sillones?*

*¿Sol de Roma, cayendo con la gloria
de un tramonto solemne en el Janículo
allí, junto a la encina donde Tasso...?*

*¿Qué será, Juan de Contreras,
tan largo, sereno y anchuroso
que pueda cubrir tus blancas sienes?*

*(Muchos días bajando por la cuesta
hasta el Hospicio.*

*Algunos ratos fríos del Alcázar,
oliendo a yeso fresco. Está la tarde
amagando tormenta, por los montes.
"Subiremos a ver la ciudad".)*

*¿Que llegará a cubrirte?
En la paz del estudio, en la penumbra amable,
allá en el caserón, entre papeles
hay mucho que pensar.
Las relaciones profundas
entre los pliegos ajados que consultas
y la vida,
entre el arte que queda y aquéllo que fué sangre,
han llenado tus años largamente.*

*Y tu mano, sellada en amatista
en uno de sus dedos,
se moverá escribiendo sin reposo.*

*¿Habrás visto bastante ya, habrá algún cuadro
en un rincón de alguna sacristía,
oculto en el desván de alguna casa
que no hayas mirado aún?*

*(Acodado en la barda,
entre almena y almena,
en la Huerta de siempre, junto al metal del agua,
mirando hacia los montes viola de la Sierra.*

*Ceniza de la vida
bajo tus ojos, frente a tu mirada,
una ciudad escueta está extendida.
Es la tuya, la ves y recontando
la variedad de casas y tejados,
tenados y alquerías,
el tráfico de carros y de gentes,
vuelves los ojos hacia tí,
y la verdad que llevas.)*

*¿Habrá que repetir una vez más
que estas piedras y otras de esta España
están tocadas para siempre
de algo que no puede destruirse,
habrá que repetir con amargura
que no hay dinero sucio que poner
al lado de estas piedras desvalidas,
que no son objeto de negocio,
que son la sangre misma de los pueblos,
habrá que hablar de nuevo,
Juan de Contreras,
señalando evidencias que en tu alma
están nombrando y nombran a Segovia,
la ciudad?*

*Una vez más saldrás por nuestras calles,
una vez más,
con esa nueva luz entre los ojos,
buen caballero
y todo será igual.
La gente de Segovia
saludará a tu paso al hombre amigo,
que una vez les oyó compadeciendo,
otras acarició la frente de la infancia
y que es el mismo.*

*Juan de Contreras,
vecino de Segovia,
ya eras Grande de España
antes de todo esto.*

FRANCISCO DE PAULA RODRIGUEZ MARTIN.

AL MARQUES DE LOZOYA

*Con el mayor afecto de
Cristóbal de Frutos.*

*Este Marqués pequeño, tan bien hecho,
que se muestra con talla de gigante,
tiene un halo de Patria en el semblante
y un templo del saber en su barbecho.*

*Grande, dos veces grande por derecho,
poeta y escritor de gran talante,
mira siempre hacia arriba y adelante
sospechando un hallazgo en cada trecho.*

*Habla con los romanos, con los godos,
con todo el que creó, conoce a todos,
ya vengan de Sumatra o de Varsovia.*

*Sabe todas las trochas de la ciencia,
tiene una flor simbólica, Flor-encia
y una novia románica, Segovia.*

PROGRAMA DEL HOMENAJE AL MARQUES DE LOZOYA

Por la concesión por el Rey, de la dignidad de Grande de España

OFRECIDO POR NUESTRA ENTIDAD, EN MADRID Y SEGOVIA, CON LA COLABORACION ESPECIAL DE «ALFORJAS PARA LA POESIA ESPAÑOLA», EN LAS JUSTAS POETICAS.

JUEVES 24

7 TARDE

Salón de actos del Centro Segoviano. Madrid

- PREGON a cargo de Juan Rico Martín.
- RECITAL POETICO: Poemas del Marqués de Lozoya, por Julio César Fernández.
- ACTUACION DE ISMAEL, el Juglar Segoviano (riguroso estreno de romances compuestos por Ismael sobre letra del Marqués de Lozoya).

VIERNES 25

7 TARDE

Torreón de Lozoya. Segovia

- OFRECIMIENTO, por el Vicepresidente del Centro, Gregorio García Segovia.
- JUSTAS POETICAS, con la intervención de los poetas segovianos Rafael Matesanz y Francisco de Paula Rodríguez Martín e Ismael, y la colaboración especial de «Alforjas para la Poesía Española», dirigidas por Conrado Blanco, con la actuación, entre otros, de los notables poetas: José García Nieto, Ginés de Albareda, Carlos Murciano y Francisco Garfias.
- Actuación del mantenedor, el ilustre catedrático y orador Luis Morales Oliver.
- Entrega al Marqués de Lozoya del primer ejemplar del libro editado por el Centro Segoviano en su homenaje.
- «Cena en Castilla», servida por el Mesonero Mayor.

JUNIO 1976

(Páginas interiores del programa confeccionado para anunciar los actos de homenaje que se celebrarían los días 24 y 25 de Junio de 1976)

INDICE

La Comisión Organizadora de este Homenaje estuvo constituida, por el Vicepresidente primero del Centro, don Gregorio García Segovia; por el Expresidente, Juan Rico Martín; por el Secretario General y Delegado de Cultura, don Gerardo Martín Sacristán; por el Bibliotecario de la entidad, don Luis Gil Agüero y por el socio representante de la Junta General, don José Martín y Martín.

INDICE

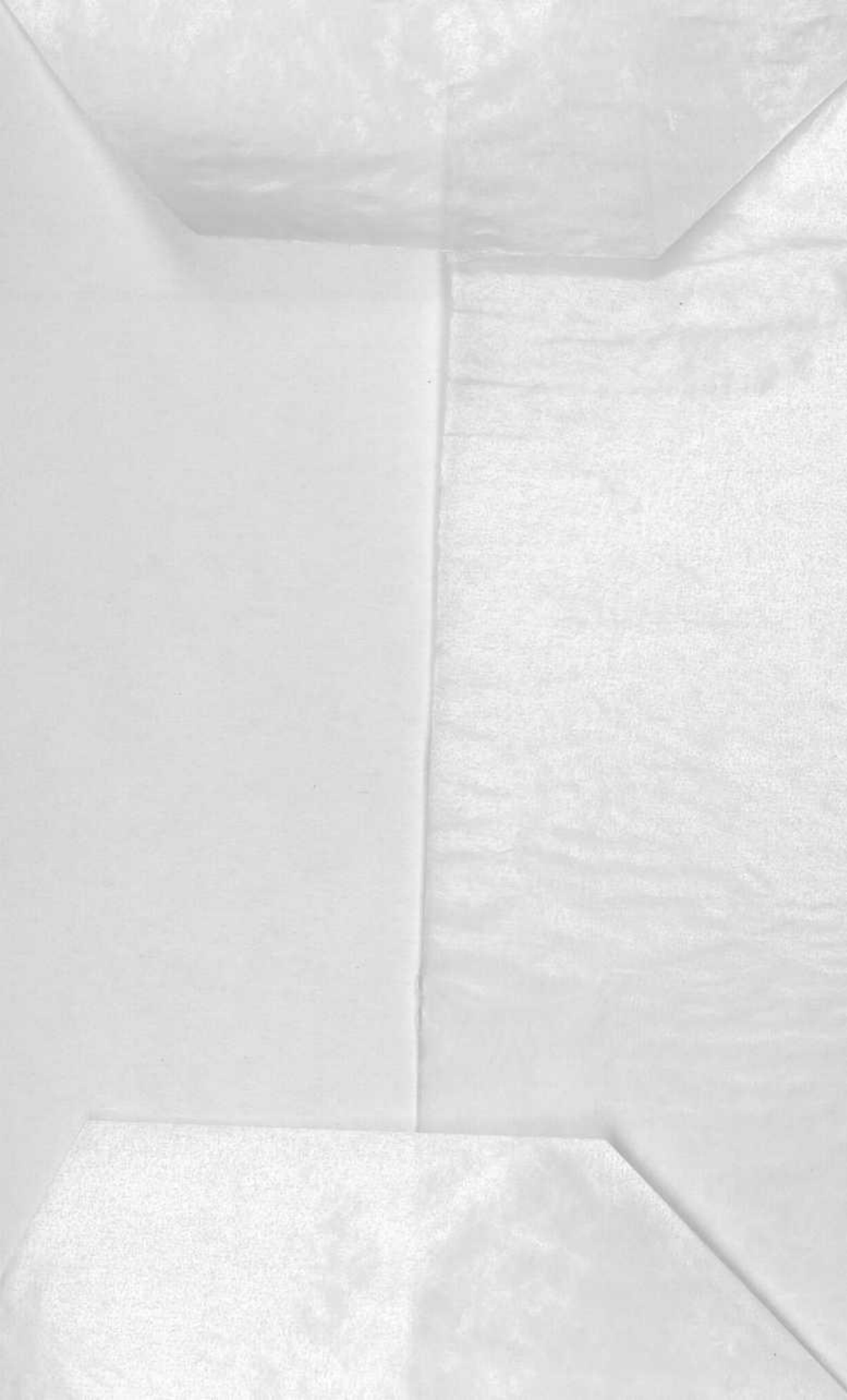
	Págs.
DECRETO DE CONCESION DE LA DIGNIDAD DE GRANDE DE ESPAÑA	7
NOTAS BIOGRAFICAS	9
OFRECIMIENTO	11

COLABORACIONES

UN IMBORRABLE RECUERDO, por Carlos Robles Piquer	13
EL MARQUES DE LOZOYA EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, por Dalmiro de la Válgoma	15
LA «GRANDEZA» DEL MARQUES, por Felipe María Garín	23
EL PRIMER POETA DE SU TIEMPO, por José Camón Aznar	27
EL MARQUES DE LOZOYA, ADALID, AMIGO Y EJEMPLO, por Luis Julve Guerrero	29
SEGOVIA ES LA CIUDAD DE SUS AMORES. SU CIUDAD, por Luciano Sánchez Reus	31
UNA LABOR DE APOSTOLADO PREDICANTE, por Joaquín Pérez-Villanueva	33
SEGOVIA, ELEVADA A UNA SITUACION SINGULAR EN EL CONTEXTO MUNDIAL, por Julio Nieves Borrego	35
DEL MARQUESADO DE LOZOYA A LA GRANDEZA DE ESPAÑA, por Juan de Vera	39
EN LA EXALTACION DE UN MARQUES EXCEPCIONAL, por Luis Morales Oliver	53
LA POESIA DEL MARQUES DE LOZOYA, por José Montero Padilla	57
HUELLAS FEMENINAS EN LA VIDA DEL MARQUES DE LOZOYA, por María del Carmen Díaz Garrido	65
EL MARQUES DE LOZOYA Y LA CONSERVACION DE LOS CASTILLOS ESPAÑOLES, por Gabriel Alomar	75
EL MARQUES DE LOZOYA, ¡QUE GRAN GUIA!, por José Luis Vallhonrat Merino	79
LA GRANDEZA INSOLITA, por Juan Rico Martín	81
EL MARQUES DE LOZOYA, GRANDE DE ESPAÑA, por José Gutiérrez-Ravé	85

DON JUAN POR LAS CALLES DE SEGOVIA, por Antonio Horcajo Matesanz	87
EL MARQUES DE LOZOYA, COMO PRESIDENTE DEL CENTRO SEGOVIANO, por Clodoaldo Ballesteros Rivera	91
EL MARQUES Y LOS SEGOVIANOS, por Gerardo Martín Sacristán	95
EL MARQUES, «POETA»	99
CINCO SONETOS AMIGOS PARA DON JUAN DE CONTRERAS Y LOPEZ DE AYALA, por Rafael Matesanz Martín	103
AL MARQUES DE LOZOYA AL OTORGARSELE LA GRANDEZA DE ESPAÑA, por Francisco de Paula Rodríguez Martín	107
AL MARQUES DE LOZOYA, por Cristóbal de Frutos	111
PROGRAMA DE LOS ACTOS EN MADRID Y SEGOVIA	112
COMISION ORGANIZADORA	115

ESTE LIBRO TERMINO DE IMPRIMIRSE
EL DIA 24 DE JUNIO DE 1976,
FESTIVIDAD DE SAN JUAN
BAUTISTA, EN LOS TALLERES
DE GRAFICAS NILO, DE
MADRID





G-3255